

**CARLOS ORTIZ DE
ZÁRATE**

CARLOS III
“El Bueno”

© CARLOSIII “EL BUENO”

© CARLOS ORTIZ DE ZÁRATE, 2018

ISBN: 9781731002143

Primera edición: Noviembre 2018

Diseño de portada: Iris Pérez adaptación del cuadro de Carlos III del pintor de origen alemán Anton Raphael Mengs y del retrato de Isabel Farnesio, por [Louis-Michel van Loo](#) (c.[1739](#)).

Maquetación: Iris Pérez

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

Índice

PARTE I

ANTECEDENTES

LAS POLÍTICAS Y LOS VENENOS

JACOBO FITZ-JAMES STUART Y CHURCHILL

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

LA GUERRA DE LA DEVOLUCIÓN

CARLOS II

EL CARDENAL DE PORTOCARRERO

LA FARNESIO I

LA FARNESIO II

LA REVISIÓN DEL TRATADO DE UTRECHT

LAS INTRIGAS DEL REGENTE Y DE LA FARNESIO

PARTE II

LA FORJA DE UN REY

LOS LAZZARONI

LAS MONEDAS DE CÉSAR

LA PRINCESA DE BRASIL I

LA PRINCESA DE BRASIL II

Y EL REY SE ENCARNÓ

MARÍA AMALIA DE SAJONIA

EL CORONEL GIOVANNI BATTISTA

LA BATALLA DE VELETRE I

LA BATALLA DE VELETRE II

ANTONIO GENOVESI I

ANTONIO GENOVESI II

LA VÍA MARINA

PARTE III

BÁRBARA DE BRAGANZA I

BÁRBARA DE BRAGANZA II

DOMÉNICO SCARLATTI

L'OTTAVIA RISTITUITA AL TRONO

Y DIOS CREÓ LAS PRINCESAS

EL MARQUÉS DE LA ENSENADA I

EL MARQUÉS DE LA ENSENADA II

JORGE JUAN

JULIA

LOS JESUITAS

PARTE IV

Y LO VEÍAMOS VENIR

EL MOTÍN DE ESQUILACHE

MADAME DE POMPADOUR

EL HONOR MAYESTÁTICO

FERNANDO DE SILVA ÁLVAREZ DE TOLEDO

EL GOBIERNO DE LOS PRIMEROS BORBONES

LOS ALISIOS

PARTE I

Si tienes en tus manos este documento, es, sin duda, porque el universo es más sabio que las criaturas y porque esto tiene arreglo, aunque estemos atrapados en guerras entre soberanos emparentados.

Me tocó vivir en la corte y deslumbré una salida. Ignoro si me llevará a sitio alguno y, en precaución, confío estas memorias a un océano que te las ha entregado.

Te cuento mi experiencia.

Quiero dejar constancia de que el Despotismo Ilustrado, es, sin duda, un avance, pero no basta para terminar con la inercia que nos impide captar la energía que el universo nos destina.

ANTECEDENTES

Carlos III de España y yo fuimos engendrados en los ardores de tres mujeres, que, de hecho, gobernaron, respectivamente: en los reinos de Felipe

V de España: princesa de los Ursinos, desde 1700 a 1714, Isabel de Farnesio, desde 1714 hasta 1746, y en 1759; y de Luis XIV de Francia, marquesa de Maintenon, desde 1675 hasta 1715.

La primera fue la más usurpadora, puesto que ejercía el poder sin documento o doctrina alguna que sustentara su derecho a hacerlo.

Las otras dos eran reinas consortes, aunque el matrimonio de la última fuera mantenido en secreto por “razones de Estado”.

Curiosamente, la indocumentada puso más pasión y así salimos Carlos y yo.

La Farnesio dio a luz al futuro Carlos III, el veinte de enero de 1716. Yo vine al mundo con unas semanas de retraso, pese a que había sido engendrado para que los pechos que me estaban destinados pudieran amamantar al príncipe.

Madre me explicaba las cosas a su manera.

No era tonta. Todo lo contrario.

Sabía perfectamente lo que tenía que enseñarme y cuando debía hacerlo.

Tan bien cumplió su misión, pese a morir antes de que yo alcanzara la “edad de razón”; quedé huérfano a los diez años, ya me había explicado el papel que me tocaba desempeñar, y que ella había jugado el que le correspondía.

En efecto, la Farnesio tenía bien claro que yo era una pieza indispensable.

Corrían muchos rumores sobre la pasión por las ciencias experimentales de la consorte y sobre la relación de la misma con las repentinas muertes de personas que se interponían en sus planes

Madre había sufrido las repercusiones que tuvo, en Versalles, durante mucho tiempo, el escándalo de los venenos (1677/1682), que implicaba a destacados personajes de la corte.

Se sentía amenazada y tomó sus precauciones.

Ella murió, pero, Versailles hizo comprender la necesidad de mi presencia para el futuro de un príncipe Carlos que ocupaba el cuarto lugar en la línea de sucesión a la corona de las Españas.

Bastaba con evocar lo que me había contado tantas veces madre: aquel invierno de 1709 en el que la princesa de los Ursinos osó enfrentarse a la Maintenon.

Cada una de ellas defendía sus reinos; la última quería parar la sangría a la que sometía a Francia la GUERRA DE SUCESIÓN A LA CORONA ESPAÑOLA, que duró desde 1701 hasta 1713, la primera se empeñó en defender la que usurpaba.

Ciertamente la salvó, pero pagó cara su desobediencia, pese a la encarnizada defensa que hicieron de ella la, entonces reina, María Luisa Gabriela de Saboya y el propio Felipe V.

La Maintenon fue paciente.

Envío a Isabel Carlota, mi madre, una doña nadie, a la corte española.

Madre puso tanto afán en complacer a la “reina francesa en las sombras” que... ¿Envenenó a la consorte María Luisa Gabriela de Saboya?

Nunca lo sabré..., sospecho.

Bueno, madre compartía la afición por las ciencias experimentales con la Farnesio; la esposa que “consoló” al rey viudo, la que expulsó, desde su llegada a España, a la de los Ursinos.

Compartían mucho más; ya he indicado que fui engendrado para que madre pudiera amamantar al primogénito de la reina.

LAS POLÍTICAS Y LOS VENENOS

Nunca sabré lo que hubo; no puedo pasar más allá de las meras sospechas que me inspiran hechos:

Felipe V pasó su vida devorado por los miedos.

Nada de extrañar en un caso como el suyo: segundo hijo de un Delfín con descendencia; tenía pocas probabilidades de acceder al trono francés.

Pero, una serie de muertes precedieron a la de Luis XIV: el Delfín, en 1711; el primogénito del mismo, 1712, los dos primeros hijos del último, en 1705 y en 1712.

El único superviviente gobernó con el título de Luis XV: un niño muy frágil.

El soberano español ocupaba el primer lugar en la línea de sucesión al trono francés.

Odiaba gobernar España; abdicó en su hijo Luis I, en 1724.

Buscaba un Versalles en el que sedimentaron sus miedos.

Los escándalos de venenos, ya aludidos, implicaron a la entonces amante de Luis XIV, la marquesa de Montespan, a quien se acusaba, entre otras cosas, de suministrar brebajes al soberano, al objeto de tenerle dominado por la pasión amorosa.

Rumores que jugaban gran papel en una corte marcada por “muertes sospechosas”, como fue el caso de la primera duquesa de Orleans, Enriqueta de Inglaterra, en 1670 o el de la madre del primer Borbón que se sentó en el trono francés, la reina Juana de Navarra, en 1572. En ambos casos se adujo razón de Estado.

La argucia cayó por su propio peso: el asesinato de Juana de Navarra por la reina Catalina de Médicis no impidió que el hijo de la envenenada, el jefe de los rebeldes protestantes, fuera coronado, aunque, el nuevo soberano abrazara el catolicismo. “París bien vale una misa”, dijo el nuevo rey de la dinastía Borbón, en Francia, Enrique IV.

También la Delfina, María Ana Victoria de Baviera, madre de Su Majestad Católica, metió todo tipo de temores a sus hijos.

Razones no faltaban a la dama.

Llegó a Francia ilusionada; Luis XIV la necesitaba para ejercer un papel de primera dama que venía largo a la reina María Teresa de Austria, y que era usurpado por las amantes del soberano.

La vida licenciosa del último estaba implicada en las historias de los envenenamientos y el propio Luis XIV tenía interés en la desaparición de su amante y cuñada, Enriqueta de Inglaterra.

María Ana defraudó a su suegro cuando éste más la necesitaba; fue acusada de hipocondría, injustamente, puesto que la autopsia que se realizó tras su muerte (1690), reveló que eran ciertas las dolencias que la difunta alegaba para recluirse en sus apartamentos, en los que se comunicaba en alemán para tratar de aliviar los miedos que le inspiraba Versalles.

La madre de Felipe V de España fue sustituida por la duquesa de Borgoña, María Adelaída de Saboya, hermana de María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa de Su Majestad Católica.

María Adelaída iluminó y legitimó Versalles solamente un año; murió en 1712, supuestamente del sarampión. La autopsia no mostró síntomas de esta enfermedad y se volvió a pensar en el veneno, puesto que se encontró sangre abrasada.

Así nos vino Felipe V; cargado de miedos y de taras.

Hay otra cosa que marcó a este personaje siniestro y a sus herederos: la atracción por la sangre derramada por sus víctimas.

Le bastaron las corridas de toros para hacerse español; su ensañamiento con Cataluña le llevaba al orgasmo. La caza siempre estaba a su alcance.

Pues sí, Felipe V nos impuso sus taras al futuro Carlos III y a mí.

¿Por qué pensé que madre hubiera podido actuar contra María Luisa Gabriela de Saboya?

Esa pobre mujer sufría de tuberculosis y al mismo tiempo sabía que tenía que dar placer al rey en la cama, y engendrar hijos. Ya había cumplido, con creces esta última misión, pero le quedaba la de calmar la lujuria de su real marido.

Había dos formas de atacar a la reina:

Actuar sobre su delicada salud

Cargar más la fogosidad del marido.

¿Lo hizo madre?

¿Por qué me asalta la duda?

Quizá sea por el ambiente que creaba Felipe V en el entorno en que nos tocaba vivir.

Quizá, también fuera por las disputas de la princesa de los Ursinos y de la Maintenon a las que tan a menudo aludía madre.

Se me ocurre otra explicación, aunque nadie me la haya evocado.

El padre de la difunta, Víctor Amadeo II de Saboya, desde el inicio de su reinado, 14 de mayo de 1684, se mostró recalcitrante en seguir la alianza con Francia, inculcada por la regencia de su madre, pese a su reciente matrimonio con Ana María de Orleans, hija de la envenenada Enriqueta de Inglaterra, y por tanto, sobrina de Luis XIV.

Poco duró la alianza, el saboyano decidió adherir a la Liga de Augsburgo (1688), opuesta al predominio francés.

Pero sus intenciones fueron descubiertas a tiempo por el “amigo” al que se disponía a traicionar, y pagó su traición, pese a una efímera victoria de las fuerzas hispano saboyanas en Cuneo (1691). La derrota llegó pronto (1693) y el buen Amadeo volvió a sus amistades con los franceses y en prueba de ello casó a su hija María Adelaida, con el duque de Borgoña y Delfín (1697).

Las relaciones iban bastante regular cuando surgió la GUERRA DE SUCESIÓN A LA CORONA ESPAÑOLA (1702), Luis XIV desconfiaba de Saboya y esa fue una de las razones de concertar el matrimonio de Felipe V con María Luisa, Gabriela de Saboya.

No sirvió de gran cosa esta alianza, puesto que en 1703, el ingrato padre se unió a la Gran Alianza.

Francia y España tenían a toda Europa en contra y las pérdidas eran considerables.

La princesa de los Ursinos no estaba dispuesta a dejar su hueso, pese a las magulladuras que sufrió de todas partes.

La Maintenon y Luis XIV consideraron que tenían mucho que perder: las arcas estaban vacías, la población hambrienta y, lo peor, cada vez había más riesgo de que se produjera una invasión; Lille cayó en 1708.

— ¡El matrimonio de Felipe V con María Luisa Gabriela de Saboya no había sido, definitivamente, una buena idea!

Dije sin aspavientos

—Estás hablando con Isabel Carlota, la agente de la Palatina, madrastra de María Ana de Orleans, a quien defendió como si la hubiera parido, lo mismo que hace con las hijas de ésta, María Adelaida y María Luisa.

Madre nunca disponía de tiempo para explicaciones.

Por algo se molestó en darlas en aquel momento:

—Mira...

Se interrumpió mientras dejaba asomar una ternura que nunca había descubierto en ella.

—Tenía tu edad cuando entré de fregona en los apartamentos de Madame, título honorífico que ostenta la cuñada de un Luis XIV, alejado de ella por la entrometida Maintenon. Era una historia de viej@s. Yo era una niña...

No se abandonó mucho tiempo a la emoción.

—Simplemente porque sí, me puse, desde un principio, del lado de la Madame, conocida como la Palatina. ¡Me caía bien la vieja!

Pausa apaciguada.

—Ella no tardó en hacerme comprender que la simpatía era recíproca. Dejé de ser criada, a los seis añitos, para crecer como hacen los capullos de los gusanos de seda.

¿Dejaba salir una lagrimita?

Espero que lo hiciera aunque tengo mis dudas: sus maquillaje, peinado y actitud me inclinaban a pensar lo contrario.

Me dio un beso que me dejó con las mismas dudas.

—Verás...

¿Carraspeaba?

Siquiera me dio tiempo a preguntármelo.

—No da de sí la miseria y la corte es nauseabunda, pero ofrece mendrugos. Mi familia tuvo que luchar para conseguirme el empleo de fregona y yo tenía que reembolsar los esfuerzos y mi crianza. ¿Eran mejores que las cortesanas intrigantes a las que servíamos?

Me miró fijamente mientras me decía, sin muestra alguna de propósito de enmienda:

—Aprendí: me costó años, pero no soy una criada y disfruto del confort de una señora. He hecho de ti un señor que no ha necesitado perder tantos años en el aprendizaje.

— ¿Por qué estorbaba María Luisa Gabriela a la duquesa de Orleans?

No sé de dónde me vinieron las fuerzas, pero sentí que había dado en el clavo.

—Estorbaba a la Maintenon. Francia acumulaba derrota tras derrota y a unas arcas vacías se unieron las furias del invierno francés de 1709. La situación amenazaba explosión y la diplomacia de Luis XIV se puso a buscar una paz que terminara con la sangría...

—Ya, y la Ursinos y la Saboya se obstinaban en preservar el reino de España. Una historia de mujeres ¿Cuáles son nuestros intereses, quiero decir, los de la Palatina?

—Tendrás que desintoxicarte de los miedos a los venenos que impone este rey enfermo.

Ciertamente; el ambiente estaba muy cargado por los miedos del rey y por la desmesurada ambición de Isabel de Farnesio.

Recuerdo que el príncipe Carlos y yo temíamos que la reina cometía brujería con unos hijastros, a quienes mantenía aislados, y siquiera nos dejaba nombrar.

Decididamente era una bruja y, desde luego, yo lo pasaba muy mal cuando acompañaba al primogénito a sus visitas al laboratorio que se había hecho montar la reina.

Allí había potingues, cachivaches, telescopios, alambiques...

Estábamos tan alejados de miradas como los intrusos hijastros. Tenía que disimular mis temores con la sonrisa que tanto esmero había puesto en inculcarme mi progenitora.

El príncipe parecía disfrutar. Temo que se aferraba al único alivio que se le otorgaba a la lejanía de un padre que vivía en su mundo, y de una madre atrapada por la ambición y por el desgarró que suponía llevar las riendas de caballos desbocados.

—Muy pronto reinarás sobre el territorio que gobernaba Víctor Amadeo de Saboya, el pusilánime padre de la finada madre de tus hermanastros. Me quedé de piedra cuando escuché eso de la reina.

JACOBO FITZ-JAMES STUART Y CHURCHILL

Hijo ilegítimo de un duque de York que reinó, posteriormente, como Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia, nació en Francia en 1670 y

fue educado en su tierra natal. En realidad se sentía francés, pese a que pasó un corto periodo en Inglaterra (1684)

Su padre accedió al trono en 1685, él ya había regresado a Francia e iniciado su carrera militar al mando del duque de Lorena. Volvió a la corte de su padre hasta que éste fuera destronado (1688) y ambos se refugiaron en Francia.

En 1701 se hizo francés, elección muy valorada en Versalles, hasta el punto en que, en 1704, se le confió el mando del ejército que acudió en apoyo de Felipe V de España.

Tuvo idas y venidas, entre otras cosas por su papel de apagafuegos de Luis XIV, como fue el caso de la ocupación de Niza (1705), territorio que pertenecía al padre de la reina de España y de la duquesa de Borgoña, madre de Felipe V, o para participar en las negociaciones del Tratado de Utrecht (1712), que hizo que las potencias reconocieran la soberanía de Felipe V.

Tuvo que volver a España, puesto que, pese a las batallas que había ganado este hombre; todas las decisivas, quedaba una insurrección de una Barcelona que se negaba a doblegarse pese al tratado de paz.

Fitz-James lo consiguió el 11 de septiembre de 1714; decidió que el asunto estaba resuelto y que ya podía disfrutar de un merecido descanso en las tierras que le había concedido el rey al que su arte militar había asegurado el trono, junto con los títulos nobiliarios que incluían la grandeza de España y el Toisson de oro.

Felipe V considera que los súbditos insumisos deben ser sometidos a castigos tan cruentos que su imagen sirva como repulsivo a cualquier intento.

No pensaba así un militar que respetaba a sus enemigos derrotados, como mostró en la Batalla de Almansa (25 de abril de 1707), con la celebración de un banquete en el que incluyó a los altos oficiales del ejército que había derrotado.

Madre, ya lo he mencionado, me explicaba lo justo.

Pese a los rumores que circularon sobre el papel que jugó este hombre en la caída de la estima de la princesa en Versalles, no tengo la impresión

que un bastardo tan rápidamente ennoblecido por sus méritos, jugara un papel tan decisivo en el destronamiento de la Ursinos.

Isabel Carlota era una criada muy estratégicamente bien situada por la Palatina, duquesa de Orleans y cuñada muy escuchada del “Rey Sol”.

No podía ser de otra manera, ésta tuvo el valor de esposar y dar estirpe al hermano homosexual del soberano, cuando se comentaba en todas las cortes la participación de ambos hermanos en el envenenamiento de la predecesora: Enriqueta de Inglaterra.

Isabel Carlota era uno de los agentes que había enviado a España la intrigante cuñada del rey

Pero, madre tuvo que atraer la atención de la Maintenon y que lograr que la última requiriera sus servicios.

¡Ay las cortes y las cortesanas!

Fitz James era un hombre de confianza para mi madre.

Lo hubiera sido para mí, pero no he tenido el placer de conocerle

Quizá sea un bastardo suyo. No es imposible y es mi sueño.

Madre, como en casi todo, no afirmaba o desmentía:

—“Pó” que si “Pó” que no.

Debí darle pena; no tardó mucho en agregar.

—Puedes sentirte orgulloso de haber sido engendrado en acto de servicio.

No me dijo más, pero sus palabras mostraban demasiado la admiración que sentía por el personaje:

—Me consta que Jacobo se limitó a defender su actuación frente a las acusaciones que le había dirigido el rey de España.

Un silencio corto intenso.

—Cuando hizo mención a la princesa y a la reina María Luisa de Saboya, lo hizo para mostrar el gran respeto que sentía por ambas y hasta aceptó influir en Felipe V, en varias ocasiones, llevándolo a los campos de batalla. Todo inútil.

Sabía a lo que se refería mi madre, ¡Me lo había contado tantas veces!

Felipe V era un tesoro de “virtudes”: cargado de miedos, de lujuria, de taras, de pereza, y sediento, de forma enfermiza, por la sangre. De ahí su pasión por los toros y las masacres que hacían otros para su gozo, y el ensañamiento con el reino de Aragón y especialmente con Cataluña.

Su odio y ceguera le llevó a suprimir el condado de Barcelona, pese a que: lo había heredado como rey de Aragón; el condado había creado dicho reino, y a que el fundador de este título fue el hijo de Carlomagno, Ludovico Pio (801).

Este último monarca supo, en este caso, administrar sus conquistas: creó la Marca Hispánica, compuesta de condados que impedirían el paso de la invasión islámica a su imperio.

¿Cómo? Simplemente porque compartía intereses con los condes.

El rey de España se dejaba atrapar por su perversidad y no veía la riqueza que necesitaba en unas arcas vacías.

Sus gobiernos si lo vieron, no creo que comprendieran a Ludovico Pio, pero sí tomaron las medidas necesarias para proteger y aumentar la producción de las tierras castigadas.

Estoy convencido de que la princesa de los Ursinos jugó un papel importante, tanto en la toma de estas medidas como en la reparación de los errores del soberano.

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

María Ana de la Trémouille nació en una familia intrigante; desde niña estuvo integrada en la *Fronde*; insurrección de la alta nobleza que hizo de la infancia de Luis XIV una horrorosa pesadilla que perfiló el “REY SOL”

Ana de Austria, su madre, tuvo que llevarle de castillo en castillo, para salvarle de una insurrección cada vez más preparada para atizar un buen

zarpazo a una regenta obstinada en mantener una soberanía que el niño rey no tuviera que compartir con la alta nobleza.

En 1648, el Parlamento, compuesto por la última, se atribuyó el derecho de descalificar al soberano por el mal gobierno que consideraban ejercían la regenta y su primer ministro, el cardenal Mazarino. Uno de los argumentos era la subida de impuestos que sufrían para salvar el imperio español.

Ana e Austria estaba terriblemente implicada, por imponer los intereses de su cuna y violar los del reino que se le había confiado, y por unas murmuraciones sobre las relaciones entre la soberana en funciones y el cardenal

De hecho, años después, la Palatina pregonaba que la madre de su esposo se había casado, en secreto, con su primer ministro.

Las protestas de la nobleza fueron bien acogidas por el pueblo.

El futuro soberano y los que gobernaban en su nombre carecían de seguridad en París. Lograron librarse de las iras en su refugio en Saint-Germain, pero el gozo no duró mucho; a la nobleza y al pueblo se unió la burguesía. Los perseguidos intentaron huir a España, pero fueron atrapados y llevados al Louvre para custodiar allí el niño que reinó con el nombre de Luis XIV.

Todo quedó en la expulsión de Mazarino, en 1652, y en un “aviso a navegantes”. Se había puesto fin a cuatro años de huidas desesperadas.

Ana María de la Trémoille, hija del “Frondeur”, duque de Noirmoutier, nacida en 1642 tuvo su participación, pese a su corta edad.

¡Había sido bien educada para ello!

Su padre, el duque, medró bien con la Fronda, pero, cuando el príncipe de Conti se reconcilió con Mazarino y casó con la sobrina del cardenal desterrado, Ana María Martinozzi, el duque de Noirmoutier ya era más absolutista que el papa.

Con matices, claro. Las intenciones del príncipe eran las de un enlace con la hija de la confidente de Ana de Austria, la duquesa de Chevreux.

Este matrimonio fue mal visto por los que fueran rebeldes y así, optaron por la alianza con el ex primer ministro.

La princesa de los Ursinos llegó a la edad adulta con su matrimonio con el conde de Chalais (1659), descendiente de Enrique de Talleyrand Périgord, conde de Chalons, quien fue amante de la duquesa de Chevreux y ejecutado por su complicidad con Gaston de Orleans, hermano de Luis XIII, en la tentativa para destronar al monarca.

La Ursinos tenía diecisiete años.

Pese a los graves antecedentes de la pareja, ambos tuvieron acceso a la sociedad de Luis XIV, que reinaba desde 1643.

Curiosamente, el monarca francés ostentó con orgullo el título de conde de Barcelona, con el nombre de Luis II desde esta misma fecha hasta que terminara la sublevación de Cataluña de 1652, de la que el monarca francés tomó buena nota.

La buena acogida de los Chalons tuvo un rápido y triste final. El conde fue uno de los protagonistas de un duelo que atrajo las iras del monarca; y todos los implicados fueron desterrados.

Los Chalons fueron bien acogidos como agentes de España.

El marido fue apresado en una misión en Portugal. La esposa siguió en sus funciones tres años.

Aprendió la lengua, la política y las intrigas de su país de acogida.

Ya viuda, se trasladó a Roma, donde conoció a su segundo marido, el rico e influyente duque de Bracciano, con quien contrajo matrimonio en 1675, y de quien tomó, al enviudar, el título de princesa de los Ursinos.

Era una despilfarradora, pero nadie podía disputar a la señora la capacidad de negociar.

Así adquirió la complicidad del embajador español, el cardenal de Portocarrero.

España se pulverizaba mientras l@s dirigentes de este país se daban zarpazos o usaban venenos...

—Yo creo que el cardenal y la princesa hicieron lo correcto.

Insistía madre.

Me lo había empezado a decir cuando aún no había cumplido yo los seis. Comprendo su decisión.

Ella ya había adquirido, a esa edad, la destreza para que la cuñada del Rey Sol le confiara misiones.

No sé muy bien a qué edad empecé a comprender o si he llegado a hacerlo.

El cardenal Portocarrero fue embajador de España en Roma desde 1670 hasta 1679. En todo este tiempo, la Ursinos y el cardenal llevaron la política internacional española desde Roma.

Cierto que la princesa era una agente de Luis XIV y que el cardenal defendía los intereses de Carlos II de España.

—En 1678 se firmó la paz de Nimega, Carlos II y el, entonces, su primer ministro, su hermanastro, bastardo reconocido, Juan José de Austria, salían perdiendo, pero se pactó el matrimonio del soberano español con María Luisa de Orleans, hijastra y protegida de la Palatina.

Me recordaba, con insinuaciones, madre.

LA GUERRA DE LA DEVOLUCIÓN

A la muerte de Felipe IV (1665), Carlos II tenía cuatro años.

Las intrigas que se traían en Roma la princesa de los Ursinos y el cardenal Portocarrero eran muy complejas.

Un rey niño y debilucho.

Una regente, Mariana de Austria, que tenía sus propios proyectos e intereses

Un bastardo reconocido y con poder, Juan José de Austria, que quería imponer los suyos.

La guerra proclamada por Luis XIV en defensa de los derechos de su esposa sobre Flandes, alegando que ésta era hija del primer matrimonio del difunto rey, mientras que el rey niño era hijo de un segundo, fue un duro golpe.

El Rey Sol recurrió a interpretaciones de justicia flamenca y madre insistía en atribuir un papel importante en la defensa de las mismas, en Roma, a la Ursinos.

Portocarrero no tuvo tan mal destino, los poderosos enviaban sus mejores embajadores al foro más visible de la política internacional.

No parece que el gobierno de Juan José de Austria anduviera desacertado.

La guerra que desencadenó Luis XIV duró un año (1667/1668) Gracias a la Tripe Alianza (Holanda, Inglaterra y Suecia), el monarca francés tuvo que ser más benévolo en el Tratado de Aquisgrán (1668) que marcó el principio del fin de la potencia española.

—Pese a todos los esfuerzos que hizo por parir un sucesor, María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II, murió sin dejar descendencia.

La expresión que utilizaba madre era emblemática.

Bien sabía yo que la cuñada del REY SOL no era ajena a los tejemanejes. Defendió tanto a su prole como a la que dejó su desgraciada predecesora, como era el caso.

— ¿Y el matrimonio de Carlos II con Mariana de Neoburgo?

Madre buscó un rato la respuesta, para soltarme el discurso más largo que he escuchado de su boca en toda mi vida.

Parecía incomodarla mi corta edad.

En realidad, yo creo que la cosa venía más del agobio que sentía ante la urgencia de dejarme bien armado antes de un fallecimiento que preveía pronto.

CARLOS II

—**C**onocido por su apodo de “El hechizado”, a causa de sus pintas y endeblez, fue un buen monarca. Sacó a España de la inflación galopante, puso orden en las cuentas, aumentó la producción y el imperio empezó a levantar.

Yo tenía entendido que siempre delegó el poder y, desde luego, no estaba el horno para bollos.

No me atreví a contrariar a madre.

Mis humores desaparecían; tenía que haber esperado que tomara aire; apuró tres profundas aspiraciones y me hizo una seña mayestática que me arrastró al mismo ejercicio, que nos hizo llegar al fondo y degustarlo hasta agotar nuestras fuerzas antes de expulsar el aire de forma que penetrase aún más el nuevo.

—Al principio de su mandato, el “hechizado” dejó bien claro que no aceptaría mangoneos y que era muy consciente de sus debilidades y de su falta de experiencia: escogió gobiernos que estimaba competentes.

Madre tomó unos minutos para concentrarse, imagino.

—Eso fue mientras vivió María Luisa de Orleans y l@s agentes de la Palatina eran muy escuchad@s en la corte española.

Madre no necesitaba explicarme que la consorte española fue acogida de niña por una madrastra dispuesta a protegerla de intrigas que sabía que la acechaban a ella misma, y empeñada en encumbrar a su casta.

— ¡Qué destino!

Me atreví a opinar

—El de María Luisa ha sido de los mejores. Carlos II era muy feo y enclenque, pero buena gente. Me consta que estos reyes fueron felices y los españoles también lo eran.

Corto y expresivo silencio

—Antes de venir aquí, “Madame” me explicó que Sus Majestades habían logrado una deflación tan espectacular que quitó mucho hambre; la economía empezó a funcionar, se estableció un techo de gasto en un país en el que el suntuario se comía el presupuesto.

Me miró con cierta provocación

—Era tan joven como tú lo eres ahora, pero, tenía que estar preparada para cuando me tocara reemplazar a la agente cuya correspondencia con la Palatina me servía de aprendizaje. Claro, que tenía a Versalles para hacer prácticas. ¡Dios! No sé cómo pudo esa mujer meterme tanto, en poco tiempo y con tal disimulo.

Ya me lo había contado. Madre era consciente, pero, necesitaba, claramente, que comprendiera su mensaje.

—La Palatina supo encontrar a ministros muy capaces. La muerte de María Luisa de Orleans cambió todo. Carlos II cayó en depresión. Le casaron con Mariana de Neoburgo y ésta y el cardenal Portocarrero ejercieron un gobierno que despilfarró gran parte de lo ganado.

— ¿Por qué esta alianza?

—Corren rumores de que la finada reina fue envenenada. Carlos II era impotente, pero, en la corte y fuera de ella se necesitaba, con urgencia, un descendiente que diera continuidad a una bonanza que había calmado la tormenta que llevaba años martirizando. La cuestión es que se torturó a la reina con pócimas que produjeron grave infección en las entrañas de la pobre niña, ¡tenía veintiséis años! ¡Había dado a España diez años de su corta vida!

Madre sabía que no había respondido a mi pregunta.

No me dejó mucho tiempo con la duda.

—Luis XIV sabía que Carlos II era impotente. He visto muchos documentos que lo prueban, dejó que la reina madre, Mariana de Austria y el cardenal de Portocarrero, en aquel momento arzobispo de Toledo, colocaran a Mariana de Neoburgo, una supuesta “coneja”; las mujeres de esa familia son muy buenas paridoras. Para lo que iba a durar el rey...

—Claro y a la muerte de éste, sin herederos, Luis XIV podría, a justo título, cobrarse el favor y así lo hizo.

Madre me miró sin mostrar sorpresa alguna por mi perspicacia.

EL CARDENAL DE PORTOCARRERO

A la muerte de María Luisa de Orleans, Carlos II se sintió muy solo; la difunta había sido el único amor de su vida; ella cambió la repulsión que le inspiraba el físico de su marido por una complicidad que despertó ese ser apagado.

Nunca se pensó que llegara a reinar y por tanto se descuidó su preparación para el cargo.

Lamentaba los esfuerzos y los tratamientos que se imponían a su esposa por el simple hecho que él era incapaz de engendrar un heredero. Nada podía hacer y Sus Majestades Católicas no fueron capaces de lograr que la corte comprendiera la situación.

Así se había sacrificado una reina que logró aflorar una soberanía que yacía.

En esta situación apareció el cardenal en la postración del monarca, se asoció a una reina madre que odiaba. Supo aprovechar muy bien su influencia en el Consejo de Estado y su poder como arzobispo de Toledo para imponer al augusto viudo una alianza paridora.

Carlos II se dejó mangonear y la sangría se comió casi todos los avances. Eso era de esperar.

Madre parecía muy cansada, pero segura de que tenía que continuar.

—Desde su llegada a Madrid, en 1690 la Neoburgo tomó el mando y aquí surgió el problema: las reinas madre y consorte tenían un candidato distinto para la sucesión...

Me aventuré en un intento de aligerar la carga a una madre que se me estaba yendo...

—No era una simple reyerta entre las cortes alemanas, buena para nuestra causa. Había algo que se había escapado, José Fernando de Baviera fue designado sucesor en el primer testamento del rey (1696). Decisión de la reina madre, pese a la encarnizada lucha de la consorte en imponer la candidatura de su sobrino, el hijo del emperador de Austria. Ambas querían dar un heredero de su sangre. El bisnieto de la primera y el sobrino de la última.

Pausa impuesta por la fatiga.

—Fue el triunfo del partido bávaro, liderado por Mariana de Austria y por el cardenal de Portocarrero...

Madre era muy fuerte pero se ahogaba inútilmente: de sobra conocía la historia y se la recité mientras ella escuchaba.

—El matrimonio de Margarita Teresa de Austria, hija de Felipe IV y de Mariana de Austria, y, por tanto, hermana de Carlos II, había sido ya una clave de las políticas de la reina madre. Prometida al emperador de Austria desde 1660, se había retrasado el enlace por razones políticas.

Me interrumpí un momento para disfrutar de una mirada aprobadora que me pedía que continuara:

—El matrimonio fue retrasado todo lo que daba de sí la maniobra, pero tuvo que celebrarse el 25 de abril de 1666, pero, pese a que la emperatriz murió a los 21 años, dejó heredero al imperio austriaco y a María Antonia. La última fue prometida a Carlos II, pero durante el gobierno de Juan José de Austria, se optó por el matrimonio del soberano con María Luisa de Orleans. María Antonia casó con el elector de Baviera, Maximiliano Manuel y tuvieron un hijo: José Fernando. Los retrasos del matrimonio habían permitido que no constase la renuncia a sus derechos a la línea de sucesión de María Antonia, como había tenido que hacer María Teresa de Austria, hija del primer matrimonio de Felipe IV, con Isabel de Francia, al casarse con Luis XIV.

Madre dormía. La había tranquilizado.

No era mi caso. Ciertamente que los derechos sucesorios de María Antonia existían intactos en España. La renuncia que firmó la misma en el imperio austriaco y en su testamento, era un buen argumento para poner en tela de juicio la primacía de José Fernando. ¿Cómo pudo lograr la reina madre formar el partido Bávaro y convencer al cardenal Portocarrero para que éste lo liderara y consiguiera, tras la muerte de la reina madre, que Carlos II desatendiera los gritos de su consorte y nombrara sucesor al candidato de su madre?

El último murió en extrañas circunstancias. ¿Hubo ejecut@? ¿A las órdenes de quién estaba?

¿Qué relaciones existían entonces entre Portocarrero y la princesa de los Ursinos? Tendría que esperar a que madre tuviera un merecido descanso

reparador. Ambos sabíamos que su vida se apagaba. ¡Me quedaba tanto por aclarar!

LA FARNESIO I

Estaba muy asustado.

Sentía que ese retoque que se estaba aplicando madre, pese a la excelencia del resultado, era el último.

Tenía que comunicarme algo y le quedaba, apenas, un chorrito de vida.

—La reina está muy bien asesorada por Alberoni y centran su política internacional en los territorios italianos; los que España perdió, por el Tratado de Utrecht, en 1713, los que ella piensa transmitir a su primogénito, Carlos, como heredera certera del ducado de Toscana, y los que pretende arrebatarse a Saboya.

—Me queda claro, madre, recuerda que lo hablamos cuando te comenté lo que había escuchado en el laboratorio de la reina; indicaba al príncipe que le dejaría su legado y el de la madre de sus hermanastros. Alberoni y la Farnesio han metido a España en batallas que carecen de objetivos españoles y que contrarían a Francia...

Madre afirmaba con cada vez mayor debilidad. Descansaba para recuperar unas fuerzas que necesitaba para dejarme clara mi misión.

—Tienes que lograr que el príncipe sea un buen rey, gobierne donde gobierne. Lo hará probablemente en España, ¿no ves cómo van muriendo los hermanastros?

Agarré la fría mano que pronto me dejaría huérfano.

Quería ahorrar esfuerzos.

Madre ya no tenía alientos.

Pero, antes de que exhalara su alma lanzó un grito.

—Han muerto nuestros apoyos, te dejo blindado con la Farnesio. Has sabido ganarte al príncipe. Haz creer a la reina que eres su agente y utiliza tus excelentes relaciones con el príncipe para hacer de él un buen gobernante. Ahora vete. Quiero que tengas de mí este recuerdo.

Recompuso su elegancia y me dejó claro que no admitía el incumplimiento de su orden.

Me sacaron de su alcoba. No recuerdo quién fue. La reina me reclamaba

LA FARNESIO II

—**M**i hijo sufre por el peso que nos impone nuestro nacimiento.

Me anunció Su Majestad Católica mientras machacaba con esmero algo oculto a mi vista.

Me sentí muy intimidado. Hasta ese momento yo solamente tenía derecho a escuchar lo que la reina decía al príncipe y madre era la intermediaria.

A rey muerto, rey puesto y pese a mi minoría, carecía de derecho a regencia o a duelo.

En efecto, el príncipe estaba muy afectado por el cruel destino que se había impuesto a su hermana, María Ana, prometida al niño rey, bajo la regencia del duque de Orleans, que gobernó con el nombre de Luis XV, cuando ya la princesita había sido devuelta a España, por ser demasiado joven para saciar las apetencias sexuales de un rey necesitado de formación en la materia e influido por la lujuria de la corte del regente, y para dar herederos.

También el príncipe había sufrido, en sus carnes, el espectáculo del producto de la “depravación” en la familia del Regente, mientras había reinado su hermanastro Luis I (1724), en la personalidad de la reina Luisa Isabel de Orleans, nieta de la Palatina, e hija del Regente.

Esta pobre niña escandalizó, desde su llegada, a toda la corte, pese a que la última estaba ya curada de espantos con las “locuras” de Felipe V.

El príncipe había sido prometido a una hermana menor de la “escandalosa”. Felizmente todo había terminado en proyecto.

La reina parecía esperar una respuesta mientras se ocupaba, con más atención a mí de la que otorgaba a sus brebajes.

¿Los que había utilizado para envenenar a madre?

Ignoro de dónde me salió una respuesta a la que me agarré como única tabla de salvación:

—Madre me ha hecho leer toda su correspondencia con el cardenal de Fleury y ha hecho de él mi maestro; soy un discípulo altamente apreciado.

— ¡Quiero leer inmediatamente esa correspondencia!

—No puedo, ya no están a mi alcance. Madre destruía todo desde que yo lo había asimilado y memorizado.

—¿Cómo no me han llegado esos documentos?

—Madre me ha adiestrado para evitarlo.

No intentaba declarar la guerra. Solamente quería salvarme, ahora que habían fallecido la Maintenon, la Palatina, el regente y Luis XIV.

LA REVISIÓN DEL TRATADO DE UTRECHT

No era mera pretensión por mi parte invocar al cardenal designado por el Regente como tutor del rey niño Luis XV.

La Palatina se encargó de hilvanar y su hijo, el Regente, heredó de los agentes de su madre en la corte española, madre era la protegida de *Madame* y, como tal tuvo acceso al cardenal.

No era cierto que éste fuera mi tutor por correspondencia, si estaba al corriente de mi existencia y de mis circunstancias.

De hecho, así se lo hizo saber a la reina poco después de aquel fatídico día en que tuve que abandonar a una madre agonizante por orden de Su Majestad Católica.

Madre lo había dejado todo atado y bien atado. Me bastó hacer llegar un mensaje a la persona que Luis XV consideraba como un padre, como un amigo y como un buen gobernante, para que el cardenal corroborara mis mentirijillas en las condolencias por la muerte de madre que me hizo llegar de forma que la misiva fuera interceptada por la censura de la Farnesio.

¡Madre no me había dejado solo en este mundo!

La reina, cegada por la ambición de dejar a sus hijos bien situados, necesitaba lograr la revisión del Tratado de Utrecht, al objeto de recuperar los territorios que destinaba a sus hij@s.

En realidad, este tratado fueron varios, que se sucedieron entre 1713 y 1715 y que ponían fin a la GUERRA DE SUCESIÓN A LA CORONA ESPAÑOLA.

Madre estaba furiosa ante el hecho. Me lo hizo comprender antes de su muerte.

—Esta pájara —Decía, terriblemente irritada— está prendiendo fuego a la mecha de una pólvora que terminará por explotarnos en las narices.

¡Había costado tanto poner fin a una sangría de vidas y subsistencias que diezmó la población europea!

Así, en noviembre de 1717, el primer ministro, Alberoni, decidió la ocupación de Sicilia y de Cerdeña, lo consiguió con un recurso a una armada que el reino necesitaba para defender el tráfico marítimo con sus territorios ultramarinos.

Las locuras de la Farnesio consiguieron la cuádruple Alianza, y para colmo, el seis de enero de 1719, Francia se mete de lleno por las intrigas de Felipe V y del Regente.

Luis XV era un niño débil; si desapareciera, ambos esperaban ganar.

España perdió la guerra contra una Europa más unida que nunca. Se firmó la paz de La Haya, el 20 de diciembre de 1720.

La Farnesio retrasó todo lo que pudo la firma. Tuvo que ceder, el 5 de diciembre de 1719 a la desposesión y expulsión del cardenal, pero resistió hasta que logró que se reconociera el derecho de su primogénito Carlos, a heredar los ducados de Parma y de Plasencia, y la Toscana, que le correspondían a ella en el momento del fallecimiento de titular sin descendencia.

LAS INTRIGAS DEL REGENTE Y DE LA FARNESIO

Antes veía poco a madre; lo suficiente para dejar bien clarita mi misión. No necesitaba someterme a examen alguno.

Ella sabía lo que yo hacía en cada momento. Era como Dios, que dicen que es todo ojos y oídos.

“Pero carece de corazón”. Me corregía, siempre madre.

Ella sigue estando dentro de mí y yo aprovecho mis ratos libres para mantener el contacto con ella.

—La consorte solamente tuvo que atizar las ascuas de la megalomanía de un rey disminuido para avivar la guerra en una Europa que necesitaba la paz para curar sangrantes heridas.

¡Madre me había insistido tanto y con tanto detalle sobre las víctimas que produjo el choque entre dos egos activado por una intrigante!

—El Regente es el más inteligente.

Decía, convencida, y añadía:

—Nada que ver con las facultades de su madre, claro.

Ya me había transmitido los mensajes provenientes de la Palatina y de la Maintenon, que había quemado, tras memorizar.

Era la única, manera de burlar la férrea censura que ejercía la Farnesio

Imaginando a mi madre fallecida, aproveché su silencio para indicar que la última no se quedaba manca.

—Así es.

Me dijo, para añadir, con amargura:

—Luis XIV no era Felipe V o la Maintenon la Farnesio. Francia no es España. El REY SOL creó un estado, su nieto empeoró las instituciones españolas y, finalmente, el Regente llegó a poner en peligro el territorio que tenía la misión de custodiar.

—¿Y la Palatina?

Me atreví a preguntar.

—Debo todo a esa mujer, pero temo que habría tomado las mismas decisiones que su hijo en esta materia. Felipe V era el cabecilla en la sombra

del Partido Devoto, en el que estaban los bastardos legitimados de Luis XIV. Montaban la marimorena.

—Te había entendido que el primero que atacó fue el Regente con las Triple (Inglaterra, Francia y Provincias Unidas, contra España: 1617) y Quádruple (las mismas más Austria (1718) Alianzas.

—Pensaba haberte explicado que eso ocurrió en respuesta a la provocación de la Farnesio, con la toma de Cerdeña y de Sicilia.

—Sí, pero esas alianzas se quedaron en papel mojado hasta la activación de la guerra, por el Regente, en 1719.

—Después del ataque del Partido Devoto, financiado y activado por la embajada de España, la Conspiración de Cellamare (1718), que estuvo a punto de tumbar al Regente y de la activación, por los mismos socios, de una revolución en Bretaña, en 1719.

—Comprendo

Madre sabía que lo había hecho y continuó...—Estos pájaros volvieron a anteponer sus intereses con el pacto de alianza de defensa mutua (1721) y el compromiso matrimonial de Luis XV con la infanta María Ana, Victoria (4 años), así como del matrimonio del príncipe de Asturias con la hija del Regente y el del infante Carlos, con Filipa.

De sobra conocía esos hechos. ¿Por qué me lo recordaba madre? Captó mi pregunta.

—Tienes que conservar en tu memoria viva la irresponsabilidad de esa gentuza. Sentencian millones de muertes y deciden sobre las vidas del resto por el atavismo de la ambición de poder que les aplasta a ellos mismos.

Así lo habíamos vivido en nuestras carnes con la consorte hija del Regente, con la entrega de la dulcemente tierna, infanta María Ana Victoria, que nos fue arrebatada a sus tres añitos, y después devuelta por razones de Estado.

Nunca he visto un impacto tan brutal como el que vivieron la niña y un infante prometido a otra hija del Regente.

Sentí un escalofrío.

Madre me limpio la frente del frío y pegajoso sudor.

—Esa gente lo lleva en las vísceras desde que empiezan a germinar en el vientre de sus madres...

— ¿Y yo?

Me atreví a interrumpir.

— ¿Por qué fuiste engendrado para amamantar al infante?

Madre me dejó tiempo de pensar Su mirada no pedía respuesta y dejaba claro que ella tenía más cosas que decir.

—No fuiste concebido para acumular poder sino para humanizar el que nos imponen.

—Una especie de “Mesías” sin la intervención del “Espíritu Santo, ya...

Madre no estaba irritada por mi respuesta. Se disculpó

—Tenía que haberte preguntado si querías hacerlo, cierto.

Se interrumpió unos segundos.

—Hice como ellas y ellos, te impuse el papel que necesitaban mis planes.

Me acerqué para besarla. Su cara se alejó, como acostumbraba en mis reiterados intentos, cuando estaba viva:

—Me siento muy orgulloso de que se me haya puesto en el lugar donde puedo llevar a cabo la misión para la que se me ha preparado tan acertadamente.

Madre me hizo una tierna caricia.

— ¡Tenemos que hacer de ese chico un buen gobernante!

PARTE II

LA FORJA DE UN REY

Palermo, 1734

— ¿Por qué me hiciste creer que el cardenal Fleury era tu tutor por correspondencia?

El rey de las Dos Sicilias ya no era el niño asustado al que estaba destinada la leche de los pechos de mi difunta madre.

—Su Majestad vuestra madre recibió confirmación dos semanas después de que yo lo anunciara.

—Pero...

No hacía falta que mi interlocutor continuara.

Se extendió tanto en contar vaguedades que me dio tiempo y motivo para pensar mi respuesta.

Sabía que la intrigante consorte no le había informado de sus pesquisas, entre otras cosas, porque cuando yo me agarré al Abad, como llamaban cariñosamente al ministro de hecho de Luis XV, era la única tabla de salvación para las políticas que estaba tramando con Austria su Majestad Católica, con la firma de los tratados del 30 de abril y del 1 de mayo de 1725. Madre me los había hecho memorizar, como ejercicio de mala fe por las dos partes, y para que aprendiera a desmontar entuertos.

El cardenal Fleury, cuyo gobierno se obstinaba en defender la paz, no estaba dispuesto a sacrificar a Francia, perjudicada por las concesiones que había hecho la Farnesio al emperador de Austria, Carlos VI, en materia de comercio con las colonias ultramarinas españolas. Lo mismo ocurrió con su homólogo inglés Walpole.

Ambos no hicieron esperar mucho su respuesta; el 3 de septiembre, firmaron una alianza militar en Herrenhausen, a la que se unieron los otros perjudicados por las ambiciones de la consorte española: Holanda y Prusia y los aliados de los firmantes.

Las locuras que cometió la Farnesio para obtener coronas para sus hijos estaban arruinando España, aún más que lo hicieran las luchas entre la madre, la esposa y el hermanastro bastardo reconocido de Carlos II...

Fleury y Wallpole no estaban dispuestos a permitir que la pólvora incendiase, una vez más a Europa.

La reina, aquel día que ha marcado mi orfandad, necesitaba a Fleury, mi supuesto tutor por correspondencia, y tuvo pronta confirmación de la certeza de mi afirmación.

Así quedó claro cuando la imprudente consorte cambió de bando y firmó el Tratado de Sevilla, el 9 de noviembre de 1729: Francia, Inglaterra y España en nombre de la paz y de la amistad, se comprometían a la defensa mutua.

La Farnesio aprovechó el tratado para minimizar los impedimentos que ponía su precedente aliado a la toma de posesión del príncipe Carlos del ducado de Parma y del archiducado de Toscana.

Para entonces mi correspondencia con el cardenal era lo suficientemente fluida y segura como para que aquél me considerase agente de su confianza y se asegurara de mi supervivencia, educación y cercanía con el infante.

— ¿Por qué insistió tanto el cardenal en que me acompañaras a Italia?

La pregunta me pilló de sorpresa. Se diría que mi real interlocutor se acercaba al blanco. ¿Me había descubierto?

—Hace tiempo que vuestra Majestad hubiera estado al corriente de mis relaciones con el primer ministro francés si no hubiera sido alejado, como fui, de vuestra compañía, desde aquel fatídico día en el que perdí a mi madre

El rey de las Dos Sicilias guardó un silencio que quería ocultar su pesar. Aquel que sentí cuando se llevaron a París a su querida hermanita, Mariana Victoria, a sus cuatro añitos, como prometida de Luis XV, en 1721.

—Gracias, amigo. Yo no te había olvidado. De hecho he seguido muy de cerca tus andaduras...

Su majestad tenía dificultades para callar las presiones a las que estaba sometido. Reunió fuerzas para preguntar.

— ¿Cómo te las has *arreglado* para que tu correspondencia escape a la censura y para facilitar que mis “guardianes” me hicieran llegar tus mensajes?

—Intuyo que su majestad me ha hecho llamar por otra razón. Me atreví a insinuar.

LOS LAZZARONI

Las maniobras italianas de Sus Majestades Católicas inquietaban en todas las cortes y también lo hacían en el propio Nápoles.

Habíamos llegado allí porque la muerte del rey de Polonia, Augusto II Wettin, el 1 de febrero de 1733, confrontó, abiertamente a Austria y a Francia.

Al no ser hereditaria esta corona, la elección del sucesor oponía la candidatura del suegro de Luis XV, Estalishao Leszynski, a Austria, que apoyaba al hijo del difunto monarca y elector de Sajonia, Augusto.

La diplomacia española contaba con la alianza francesa para invadir territorios austriacos del sur de Italia y el cardenal Fleury quería alejar el conflicto bélico de los intereses de Holanda y de Inglaterra.

Ese fue el único acierto, lo demás fue una sangría para las ya vacías arcas del reino, por las escaramuzas militares y políticas.

No bastó, ni mucho menos, con los tesoros arrebatados a los ducados de Parma y Plasencia, cuando su duque decidió abandonarlos para conquistar la corona de las Dos Sicilias.

Había que comprar a La Piazza, a la Iglesia y a San Jenaro, así como a los corifeo que pregonaban la “Santa Doctrina Salvadora” de unos napolitanos atrapados por el despotismo de un imperio austriaco que les había impuesto recientemente a un Virrey, Visconti.

También la Farnesio se ocupó de comprar al último para que huyera antes de la entrada triunfal del infante Carlos en Nápoles.

A nadie importaba que se llevara todo lo que pudo y tampoco se pensó en las dificultades de un gobierno que encontraba las arcas vacías o en la imposibilidad de cumplir las promesas de exoneraciones fiscales que hicieron con tanta generosidad Sus Majestades Católicas para lograr los aplausos al “libertador”.

Nada se hubiera conseguido sin el estruendo del entusiasmo de los Lazzaroni; el “populacho” para los diplomáticos.

Esos hombres y mujeres se hicieron dueños de la calle, desde la Porta Capuana hasta el Palacio Real. Alababan la belleza de un nuevo rey que consideraban representar a un San Jenaro cuya estatua no hacía justicia a aquella.

La llegada de Carlos a su palacio cimentó su gobierno y la sangre roja de San Jenaro se encarnó en un pueblo de todos olvidado.

LAS MONEDAS DE CÉSAR

—**A**sí es, mi fiel amigo.

No me atreví a, siquiera a acercarme, aunque era claro que ambos necesitábamos el abrazo reconciliador y estábamos agobiados por el peso de un protocolo que se interponía.

Al rey le pesaba una corona que se le había ceñido sin preguntar.

—Me alegré mucho verte en el séquito que me acompañaba a lo que sentía como mi “Monte de los Olivos”

El silencio se cargó de emociones compartidas.

Recordé aquel día en que el príncipe se había caído, en nuestra infancia en una corte española siempre alborotada. Le levanté con la suficiente rapidez. Nadie pareció percibir; sangraba un poco. Yo hice brotar la mía y nos hicimos hermanos de sangre.

El rey me mostró una de las monedas que se habían hecho acuñar en su nombre.

—Disponemos de poco tiempo, La Reina Católica me tiene muy bien controlado.

¿Se arrepentía de la confidencia?

No era el caso. El silencio se debía, probablemente, a la búsqueda de palabras.

—Necesito, con mucha urgencia encontrar respuesta a la ofensa que ha infringido a mis súbditos el acúñe de una moneda que les da por Cesar a su Majestad Católica Felipe V.

—Cierto que no ha sido muy afortunada la inscripción “*De socio Princeps*” en el reverso. Podría interpretarse que sois un vasallo del rey de España, situación extremadamente humillante para vuestros súbditos.

Dejé que asimilara mis palabras. Necesitaba que sintiera que para su madre no era sino una pieza de su jugada de ajedrez.

Él parecía responder a mis deseos. Lo vi en su rostro atormentado y me animé a continuar:

—Hay aciertos en la moneda; está el Vesubio en el mismo reverso y en el anverso dice muy claro: “*Carolus Dei Gracia Rex Hispanirium enfants*”. Sois rey por la gracia de Dios. Así lo afirmó, con la licuefacción de su sangre, san Jenaro, en presencia vuestra y en la del arzobispo Francesco Pignatelli.

— ¿Tuviste algo que ver en el asunto?

¡La pregunta era tan inesperada!

— ¡No!

Su mirada me regañaba.

Yo sabía que tenía que hacerme el tonto.

De ahí mi respuesta:

—La ampolla que contiene la sangre seca del tan venerado patrón de Nápoles está cuidadosamente velada por la Iglesia, por la *Piazzale*...

—Te hemos visto muy integrado con la última...

Eso ya lo sabía, ¡buenos esfuerzos había hecho para que se notase mi intimidad con los *Lazzaroni*!

Concentraba mis esfuerzos para hacer comprender al joven monarca que este pueblo despreciado por todas las instituciones con las que estaba dotado el reino y por la “diplomacia” de su real madre era su tabla de salvación.

Aprovechaba un buen momento para transmitir el mensaje, el rey, una vez más, se había sentido vivamente contrariado por las políticas de la Farnesio.

Sufrimos juntos su primera herida cuando las “razones de Estado” nos habían arrebatado, en la flor de su infancia, a la única alegría que se expresaba en aquel sepulcro de nuestra infancia, Marianina, como llamábamos, con cariño cómplice a la que fue prometida repudiada de Luis XV y desde el 19 de enero de 1729, princesa de Brasil.

Cuando la pobre niña fue repudiada por Francia, en 1725, su alegría se había transformado en rencor por una madre que la abandonó en la crianza.

Esos odios hacían retumbar el Alcázar todo.

El último golpe lo acababa de recibir. Las órdenes de su Majestad Católica giraban al son de una diplomacia que cada vez ponía más en duda y que, además, contravenía proyectos de gobierno que tanto esfuerzo le habían costado.

Carlos no era amante de la guerra, le metió su madre en la misma, pero llegado a los ducados de Parma y Plasencia le había tomado gusto al gobierno, supo buscar “ministros” y consenso.

Él era un niño terriblemente asustadizo, enviado, como hicieran antes con la pobre Ana María Victoria, a cumplir una misión para la que no estaban preparados.

Se sentía solo.

No lo estaba porque, su hermano de sangre encontraba la manera de que resultase casual el encuentro del duque con los gobernantes adecuados.

No hacía la búsqueda yo solo.

Me ayudaban la red que heredé de mi madre, el cardenal Fleury y “Marianina”

LA PRINCESA DE BRASIL I

—¿**C**ómo has conseguido burlar las censuras para que me llegue esto?

Su majestad tenía en la mano una carta escrita por la propia Marianina, a escondidas, yo había intervenido para que le llegara sin dejar rastro.

No pude reprimir un gesto de desaprobación. Una vez llegado el mensaje a su destinatario, debía ser destruido, por nuestra seguridad y por la de Su Alteza Real la Princesa de Brasil y Duquesa de Braganza, nuestra entrañable Marianina.

—He querido que lo quememos juntos...

El soberano se sintió obligado a justificarse.

—Nada que temer; desde que me lo hiciste llegar lo llevo encima. Aún nadie ha tenido acceso a mi persona y Marianina estaba en mi pecho ¿Recuerdas que se enteró de lo nuestro y fue la primera que se hizo la herida para hermanarse en nuestra sangre?

¿Cómo no recordar aquel gesto cuya ocultación causó tantos dolores de cabeza a madre?

Acababan de anunciar a la infanta su compromiso con Luis XV. No sé cómo se las arregló la chiquilla para burlar a sus niñeras y a la férrea vigilancia que la Farnesio imponía a su primogénito.

Encontrarme a mí era más fácil; yo estaba allí para que me descubrieran.

—Me pregunto cómo logró enterarse de nuestro hermanamiento de sangre.

Dijo el amigo que ha aprendido de su hermana a bajarse del pedestal cuando hace falta.

—Recordad que esa niña cautivó a Francia.

Yo mismo le había hecho llegar la descripción del entusiasmo que provocaban en París las frecuentes apariciones de la niña futura reina que nos hacía llegar la Palatina.

Sus Majestades Católicas no habían tenido tiempo de consolar a un hermano atormentado.

El saboreo del triunfo de la infanta y los sueños de gloria ocupaban el escaso tiempo que dejaban las intrigas, la lujuria, los miedos y las ambiciones a los monarcas.

—Memoricé esa correspondencia, como indicaste y soplé bien fuerte para dispersar las cenizas de un documento que podría delatarte. Esta vez lo haremos juntos mientras traemos con nuestra mente, a Marianina.

LA PRINCESA DE BRASIL II

Marianina y yo tuvimos correspondencia privada y sin censuras desde un mes después de su llegada a París.

La Palatina estaba de por medio y el Regente, su hijo, necesitaba mantener el entusiasmo en una niña a la que imponía una dura agenda; era el espectáculo que necesitaba para hacer olvidar la quiebra económica que había creado su gobierno con el desastre del sistema Law, un economista que se había traído de Escocia.

Este hombre llenó unas arcas que las guerras de Luis XIV habían dejado vacías, hacer de la Bolsa de París el centro mundial de la especulación y enriquecer a ricos y no tan ricos, en Francia corría a chorros un papel moneda avalado por acciones de la Compañía francesa de las Indias Orientales que subían vertiginosamente de precio; un chollo.

Todo se vino abajo cuando la fiebre de ventas hizo caer el precio de las acciones por los suelos.

Law huyó protegiéndose en vestuario femenino.

Francia volvía a estar en bancarrota, pero el regente y la “supuesta” dama habían hecho su agosto.

No faltó nada a la alegre princesita, excepto el tiempo para una educación que ella siempre rechazaba; su escritura fue toda su vida la de una niña que se agarra a esa infancia arrebatada.

Claro que conocía de memoria el mensaje que había recibido el rey Carlos de nuestra “Marianina”.

Ésta estaba en su primer embarazo y temía que la gestación no llegara a buen término; los médicos aconsejaban reposo y aire fresco y limpio, sus suegros, los reyes se oponían a que abandonase el palacio real.

La princesa de Brasil tenía letra y ortografía que causaban escándalo, pero ¡qué lucidez!

En muy pocas y llanas palabras explicaba a su hermano la necesidad de liberarse del yugo de una madre incompetente y con delirios de grandeza. Su suegra así se lo había hecho comprender:

“No es sano que una mujer tenga relaciones sexuales antes de la pubertad” Había anunciado María Ana de Austria, la reina de Portugal, el mismo día en que se produjo la entrega de las princesas, enero de 1726: Marianina por parte española y María Bárbara de Braganza por parte portuguesa.

Ambas estaban destinadas a reinar por sus matrimonios con los príncipes herederos, respectivamente, Pedro, y el hermanastro de la princesa, Felipe.

Nuestra “Marianina” tenía 11 años y su suegra decretó que no tendría relaciones sexuales hasta que tuviera la prueba de que la futura madre de sus

nietos había tenido su primera menstruación.

La Farnesio tenía mucha prisa en que su hija diera un heredero al “reino amigo” de Portugal y acosaba a la princesa. La última, aún resignada a la obediencia como única supervivencia, imploraba el permiso de su suegra. Ésta, al final cedió y concedió el permiso cuando su nuera cumplió los 15 años. Era impúber, pero los argumentos y amenazas de la Farnesio, le hicieron ceder.

El mensaje era muy claro. La princesa de Brasil expresaba sus temores de que el fruto de su vientre pagara por no haber sido ella misma capaz de liberarse de las órdenes de una madre estúpida y voraz.

“Yo sufro en mis carnes el castigo de un embarazo precoz”, venía a decir la pobre niña aterrada, “espero que la criatura no pague por mis debilidades”, concluía con su escritura defectuosa, que tanto el rey como yo traducíamos a nuestro lenguaje de “adultos”.

—Ahora quemaremos los papeles aquí.

Dijo el rey de Las Dos Sicilias mientras señalaba la chimenea.

—Supongo que no pondrás obstáculo.

Añadió el amigo casi ya sin voz por el abrazo que nos transportaba a aquellos felices años que nos regaló nuestra Marianina.

Y EL REY SE ENCARNÓ

Lombardía, 1742

La Farnesio me adoptó como “guardaespaldas “de su real hijo.

Y se guardó muy bien de que no fuera escuchado

Carlos estaba atrapado y gobernado hasta que su semilla dio fruto.

—Te necesito

Dijo el rey soldado y hermano de sangre.

Se produjo movida en el aparato en el que le había encerrado Su Real Madre.

Nuestra orfandad avivó la llama que encendimos Marianina, el infante y yo en aquellos breves felices años.

—Tenemos que dejar la Guerra de Sucesión Austriaca y protegernos de las iras de nuestros aliados.

Los “guardianes” no se movieron de los puestos que les había asignado Su Majestad Católica, pese al tono mayestático que había sacado, al fin, el monarca.

—Mi Majestad desea intimidad.

Asistí a una batalla tan rápida y de tan dulce victoria que dudo que volveré a saborear.

—Su Majestad Católica...

Escuché de los que se resistían a obedecer.

— ¡En las Dos Sicilias toma las decisiones Mi Majestad!

El rey no dejó oportunidad a réplicas, su guardia napolitana, cuya elección había escapado a los “controladores”, dejó bien claro que los simples deseos de su soberano se cumplían de grado, porque estaban dispuestos a lograrlo por la fuerza.

Pero, una flota inglesa amenazaba con tomar Nápoles y este inminente peligro parió dos bandos; los que optábamos por salvar nuestra tierra y los que habían sido “colocados” para imponer los intereses de la Farnesio.

Liberados de los últimos, los de nuestro bando se ocuparon de que el soberano que acabábamos de encontrar disfrutara de la intimidad reclamada.

La tuvimos y la decisión a tomar urgía planteamientos. Los sentimientos ya habían aflorado...

— ¿Quién nos apoyará contra la pretensión de Inglaterra si traicionamos a nuestro bando?

—Los napolitanos. Su majestad acaba de presenciarlo...

Mi hermano de sangre no me dejó continuar.

— ¿Qué podemos hacer frente a una Armada Inglesa; un Goliat del que nos protegía nuestra alianza con los grandes?

—Esa Armada tiene otros desafíos más urgentes. Se está jugando mucho en el Nuevo Mundo y en este frente; su rival es Francia. Con respecto a Europa...

No me dejó continuar y concluyó:

—Su Majestad Católica nos ha metido en una guerra, lo que se juegan las potencias está fuera de nuestros intereses. Claro que mi voluntad es salir de esta barbaridad y acudir a Consejo con los representantes napolitanos. ¿Cuál es el mensaje que debemos transmitir con urgencia?

—Mis disculpas por sugerir que nuestra primera tarea es la de explicar la situación al cardenal Fleury. Estará contento de saber que su Majestad ha optado por proteger a su pueblo. Estoy convencido de que la maniobra inglesa es teatro y que se contentarán con nuestra retirada de esta guerra que no es la nuestra. El cardenal conserva las buenas relaciones que había creado con Inglaterra, pese a la muerte de Vallpole el pasado año.

— ¿Tan fácil lo ves?

—Así es, Majestad.

Ambos sabíamos que tratábamos un asunto de Estado.

Sentí, sin embargo, que mi hermano de sangre conservaba aún miedos.

—La Armada Inglesa tiene que retirarse a partir del momento en que Vuestra Majestad se declare neutral. Bastantes problemas tiene, dentro de sus fronteras, fuera de las mismas, y en los Nuevos Mundos.

El rey no había sido informado por Su Majestad Católica de lo que yo sabía: mantenía mi correspondencia regular con el cardenal Fleury.

Este hombre había llegado a tomarme cariño.

Yo continuaba necesitándole como protector.

Además, sentía la proximidad de su muerte y, de alguna manera, temía una segunda orfandad.

Ya estaba preparándome, y no solamente por la vejez de un hombre admirado, despreciado, odiado y debilitado por los años y por la vanidad.

No quería que mi supervivencia dependiera de cualquiera de esos poderosos que sacrifican la humanidad por sus ansias.

Hacía ya tiempo que mi causa no era la misión que me había impuesto madre.

No era el caso del rey Carlos, ¡aún se sentía amarrado por esos poderosos y por el influjo que vomitaba la Farnesio!

—Estás muy callado...

Reprochó Su Majestad

No me pareció oportuno compartir mis temores.

Por el contrario, necesitaba un rey digno del pueblo que resiste y dije;

—Habéis recibido un mensaje de la reina doña Amalia...

—¿Me estás espiando?

—No, Su Majestad ha tenido la bondad de informarme.

MARÍA AMALIA DE SAJONIA

En efecto la que llevaba el timón del reino durante la ausencia del rey, su esposo, me había felicitado, con entusiasmo, por la inmediata y eficaz respuesta de los Lazzaroni a la amenaza de los cañones ingleses.

“Ahora comprendo tu apuesta”, escribía una reina que sabía apreciar la eficacia de lo que se le había presentado como chusma.

En efecto, Su Majestad Católica la había aleccionado para que alejase del rey Carlos esa “tara” que consideraba la Farnesio, la “excesiva escucha de su hijo a un populacho nauseabundo”.

La madre que había escogido con lupa a María Amalia Walburga, hija primogénita de Augusto III de Polonia y elector de Sajonia, se equivocó una vez más.

La desposada tenía 13 años, el marido 21.

La boda por poderes se celebró en el palacio sajón de Dresde, el 9 de mayo de 1738.

El encuentro de la nueva pareja se produjo el 19 de junio.

Esa misma noche consumaron el sacramento.

Seguían al pie de la letra las órdenes de la Farnesio.

No hubo fruto hasta que la reina cumplió 15 años, en 1740.

Como consecuencia de no haber esperado a la pubertad de la desposada, la niña, María Isabel Antonia nació muy débil y su salud agravó alarmantemente en aquel fatídico agosto de 1742 en que la Armada inglesa amenazaba con bombardear Nápoles.

Marianina y María Amalia tenían una gran intimidad en su correspondencia, pese a la férrea censura impuesta por la Farnesio.

Una sirvienta de las intimidades de la reina de Nápoles supo encontrar el momento y el lugar para que Su Majestad leyera y respondiera.

Estas mujeres compartían mucho.

Ambas amaban a unos maridos que les habían sido impuestos. No se planteaban el uso que la política hacía de ellas. Lo aceptaban como un destino.

Otra cosa es el mal uso que sufrieron.

Ninguna de ellas tenía un proyecto político. No les gustaba el que padecíamos.

Puedo opinar sobre esta correspondencia, porque tenía que leerla para dar fe ante tod@s l@s implicad@s para hacer posible que estas mujeres sacaran sus entrañas.

Habíamos hecho un buen trabajo, posible, claro, porque estas criaturas eran muy sensibles y porque los maridos que les había dado el “destino” tenían madera para tomar sus propias decisiones en el gobierno.

En efecto, el rey de las Dos Sicilias estaba a punto de tomar las riendas. Así lo haría después, el rey Pedro I de Portugal.

Pese a la inquietud de la reina María Amalia por el empeoramiento de la salud de su primogénita, en el mensaje que ésta había enviado a su real esposo le indicaba su confianza en la Piazza, que había sido activada por los Lazzaroni.

La familia real estaba bien protegida.

Se limitó a explicar que su padre, el rey de Polonia se disponía a firmar un tratado de paz con la reina de Hungría María Antonia, porque el soberano consideraba que la guerra proclamada por Francia contra la última y los aliados de la misma, Inglaterra y Holanda, el 3 de julio de 1742, se había hecho sin consultar con los aliados.

—Y por tanto, el rey de Nápoles, víctima no consultada...

El rey esperaba mi conclusión.

No se la di, tanto él, como yo, sabíamos que la Farnesio se había metido en ese lio y que el rey de Cerdeña había firmado una alianza con la reina de Hungría, para obtener el apoyo de ésta en la conquista de los territorios italianos que estaban en manos de los Borbón.

Ya estaba acercándose a los ducados de Parma y Plasencia, gobernados entonces por el hermano del rey de las Dos Sicilias, desde junio.

El hermano de sangre imploraba una respuesta.

—Su Majestad la reina de las Dos Sicilias os ha expresado su confianza en vuestros súbditos. Tenéis que contar más con ellos que con un juego político que augura grandes cambios que afectan a las potencias; Nápoles tiene que encontrar su espacio y para ello necesita dejar clara su neutralidad.

El rey parecía dudar.

Mi respuesta no podía hacerse esperar.

— ¿El rey de las Dos Sicilias nada puede hacer contra la invasión inglesa?

—Has afirmado que el pueblo resiste...

—Lo hace. ¿Cuánto tiempo podrá resistir al bloqueo?

El hermano de sangre me vomitó sus miedos.

— ¿Quién nos defenderá frente al avance del sardo?

—El pueblo, ese que está comprobando que les estáis liberando del imperio extranjero.

—Si, como afirma la reina, su padre, el rey de Polonia y elector de Sajonia va a salirse de esta guerra...

El rey y yo no hicimos mención a la ausencia de noticias sobre la salud de la princesita.

Yo había leído el mensaje enviado por un padre angustiado, a nuestra Marianina”...

— ¿Y el Regimiento de Infantería de Palermo?

Se inquietó el rey

Nada más fácil de tranquilizar.

— ¿Puede haber la menor duda sobre la respuesta del coronel Giovanni Battista?

EL CORONEL GIOVANNI BATTISTA

La nobleza italiana se entendía bien con la catalana: los Austrias tomaron una parte importante de estrategias italianos en sus ejércitos y, había unos centenares de altos cargos italianos en los ejércitos de Su Majestad Católica; por ese lado estábamos protegidos, según nuestros informadores.

El caso de Giovanni Battista merece mención especial: formó con su propio peculio el regimiento que había mencionado el rey, mucho antes de que llegáramos, y allí estaba...

Este hombre fue, sin duda, el más oportuno tesoro que tuve la suerte de encontrar.

—Es muy simple; nuestro encuentro con los catalanes fue bueno para ambos, cuando los Austria unieron las coronas de Aragón y de Castilla, pasamos a ser mera pieza del imperio, español o austriaco. Yo apuesto por Carlos de Borbón Farnesio porque en todos los Tratados se nos promete que tendremos nuestro propio gobierno.

Me dijo el coronel en la primera reunión que me concedió unos meses después de nuestra brillante llegada.

—No tengo la impresión de que los “poderosos” de los reinos de Nápoles y de Sicilia piensen, siquiera, dejar de mangonear.

Me había apresurado en responder.

Sabía que mi interlocutor representaba a una pequeña parte de los aludidos y también estaba al corriente de la calaña de un interlocutor servido por mis agentes.

Para entonces ya me había creado, bajo cuerda, mi propia empresa que ofrecía acceso a una información prohibida.

El hombre que representaba y que defendía a Nápoles tenía más prisa que yo en concluir nuestro trato.

—Digamos que esas señorías ilustrísimas estorban a los Lazzaroni, al rey Carlos, a quienes queremos dotar esta tierra de su valor, y a una muchedumbre que compartimos el ansia de terminar con las tumbas que están abriendo las luchas entre las familias que mandan en las potencias que compiten en el predominio.

—El rey y la reina, os lo aseguro, son fervientes ilustrados.

—Y católicos convencidos de que Dios les ha puesto la corona.

—Aman esta tierra.

—Pero no han sido aún destetados.

La conversación fue para largo. Daba la casualidad que mi interlocutor había encargado a mi empresa, “El Tratado de dinámica”, obra publicada por d’Alembert, en París, en 1743. Aún no lo había conseguido. Estaba a punto de llegar. Lo sabía.

— ¿Cuál es su interés por la obra?

Me atreví a preguntar.

—El análisis de la inercia que repele la energía por mucho que esta mane.

Así fue nuestra primera, larga y fructífera conversación.

LA BATALLA DE VELETRI I

Hubo cambios en Nápoles, pero...

La zarpa de la Farnesio aún se hacía sentir en un rey de las Dos Sicilias que cada día veía los frutos de sus propias políticas de buen gobierno.

Hubo que esperar a los excelentes resultados que obtuvieron aquellas; al 11 de agosto de 1744 para que quedara patente, en Nápoles y en doquier, que estas recetas tenían mejores resultados que las intrigas de los grandes poderes.

El milagro comenzó a germinar desde nuestra llegada a “casa” tras el abandono de nuestros aliados, para salvar Nápoles, aquel fatídico 1742 en el que se produjo la muerte de la hija primogénita de Sus Majestades de Las Dos Sicilias.

Fuimos aún más festejados que en nuestra llegada a Nápoles, unos meses antes. La ciudad reservó a su majestad una entrada más entrañable que cualquiera de las que le donó Roma, en sus más gloriosas victorias, a Julio César.

“Las guerras de Las Galias” estaba entre las lecturas del infante adolescente.

Lo sé porque tuvimos que tragárnosla en latín.

En su cara y en su gesto vi al general-político romano. Aún sin toga y con una “tregua”, Nápoles recibió a su “representante en la tierra”

La milicia de Palermo nos escoltó hasta nuestra llegada a palacio. La muchedumbre nos ensalzaba.

La sangre de San Jenaro, dicen, adquirido rojez nítida.

Solamente puedo indicar que aquel día, Nápoles y sus reyes vimos claramente que teníamos que defendernos frente a la inquietante voracidad que estaban mostrando las viejas y las emergentes potencias.

La retirada de la Guerra de Sucesión de Austria no debía animar a este imperio en sus conquistas en la península itálica

No podíamos esperar ayuda procedente de bando alguno.

Así lo dejó claro el rey de Las Dos Sicilias, cuando anunció a Sus Majestades Católicas que había tomado la decisión de salvar su reino.

Pese a que los destinatarios le habían puesto un buen guardián: Don José Joaquín Guzmán de Montealegre y Andrade, marqués de Salas: personaje que ostentaba el cargo de “Secretario de Estado del reino de Nápoles”.

Nada podía hacerse sin él, pero logramos una mayor complicidad de la que esperábamos.

La Farnesio no había dejado de ser italiana.

Su agente en Nápoles supo transmitir el fervor que inspiraba el rey su hijo y la “Reina Católica” comprobó muy pronto los avances.

Nápoles dejó muy pronto de ser un “castillo de naipes”; se transformó en una fortaleza y en una locomotora del reino de las Dos Sicilias, recaudó dineros para subvencionar un ejército que hizo bullir la esperanza en una península italiana demasiados años troceada por los imperios.

El rey Carlos se había transformado en un símbolo de liberación desde que empezó a gobernar los ducados de Parma y de Plasencia.

El ejército del Rey de las Dos Sicilias se había esculpido en las guerras que entronizaron al infante.

De hecho, Montealegre se las vio y deseó para retener los ímpetus del último para parar la bota Austriaca y para avisar a las potencias que “su tierra” se defiende.

Cierto que se estaban produciendo avances en tiempo espectacularmente breve, pero, el “Secretario del reino de Nápoles consideraba necesario esperar hasta que las arcas dieran más margen.

El 24 de marzo de 1744 Su Majestad de las Dos Sicilias tomó sus propias medidas.

Puso a salvo la familia real en la fortaleza de Gaeta.

Anunció a sus reales padres su decisión de entrar en guerra contra sus enemigos, los austriacos y de unir sus tropas a las españolas en Abruzzo.

Ya estaba hecho.

Llevaba 25 batallones y quince escuadrones.

Las opiniones sobraban.

LA BATALLA DE VELETRI II

En carta fechada el 13 de abril, desde Castel di sangro, Su majestad de las Dos Sicilias comunicó a Sus Majestades Católicas cierto malestar por graves defectos que ha detectado en los generales.

Pese a las formas y a los miedos y jerarquías se trataba de graves acusaciones: discordia entre ellos, falta de decisión y demasiado miedo a lo que les espera confrontar.

El niño les había salido respondón, sabiondo y tenaz.

Así lo hacía saber, en un mensaje cifrado, desde un Veletri recién reconquistado por Su Majestad de Las Dos Sicilias, el 12 de agosto.

Habíamos pasado una horrible noche por un imperdonable error de estrategia defensiva, la que imponían los mandos impuestos por Sus Majestades Católicas

No recuerdo los términos camuflados

El caso es que la noche anterior, los austriacos habían entrado por la puerta que da acceso a la ciudad de Veletri más cercana al palacio que albergaba al rey, y que, curiosamente, lleva, el nombre de Nápoles.

Cuyo rey se quejaba a Sus Majestades Católicas de las carencias en la defensa de la dicha puerta en y que el rey de las Dos Sicilias había sido rescatado por su gente y con ésta dieron la paliza que dieron a los austriacos, saliendo desde las montañas que habían cobijado a su soberano.

Dudo de que fuera la mejor forma de dar la noticia a unos progenitores que ofrecían esos ejércitos tan vapuleados, pese al respeto filial y a los protocolos.

Si, ese día Carlos encarnaba un nuevo Renacimiento.

ANTONIO GENOVESI I

Este hombre logró la cátedra de Comercio y Mecánica, en la Universidad de Nápoles, en 1754.

No existía esta materia, hasta entonces, en otras universidades.

Desde 1744, Nápoles había comenzado una sólida transformación.

Don Carlos y Doña Amalia eran de la sangre de San Jenaro y del mismo Julio César y, por tanto trajeron prosperidad, bien hacer, negocio, trabajo y felicidad.

Curioso que Nápoles fuera el primer lugar donde se dignificaran el comercio y la mecánica, eso siempre ha mandado por doquier, pero la Santa Madre, Iglesia, vamos, Roma, no parece desear hablar del tema.

¿Quiere esto decir que los reyes de la Dos Sicilias no fueran buenos católicos?

Lo eran, pero, también eran ilustrados y napolitanos.

La cátedra creada para Genovesi había sido iniciativa privada, pero Doña Amalia y Don Carlos acogieron al profesor en su Consejo económico.

Sí, había una Ilustración italiana, el “Iluminismo” que retozó en el “Risorgimento” de una nación que compartía la lengua toscana.

Además, los ilustrados italianos se centraban en el “facere”, en la psicología racional.

Buscaban los pilares de la historia o la razón de ser del Derecho.

Nápoles era un hormiguero de “iluministas”:

Giambattista Vico, iniciador de la filosofía de la historia, sin dejar Nápoles hasta su muerte, en 1744, había dejado bien marcada su huella.

Doña Amalia fue una buena interlocutora y, aunque desdeñaba meterse en política, le encantaba ayudar a “encuentros” de su agrado y no ponía reparos a mis sugerencias.

Sus Majestades eran profundamente católicos y estaban enamorados como dos tortolitos.

Nada que objetar, en este aspecto, pero...

Estaba Marianina y la hija que habían perdido por las prisas de la Farnesio, y eso duele en las propias carnes.

Un imperio que no sabía defenderse y carecía del amor que ellos profesaban a su pueblo no podía ser su guía.

El amor de estos reyes se esculpía en la buena gobernanza de la tierra que les había tocado gobernar.

La reina aceptó muy gustosamente el encuentro con el ilustre catedrático de la Universidad de Nápoles.

— ¡Me apetece muchísimo!

Guardó un minuto de silencio, como si quisiera rendir homenaje.

—Mis disculpas por no haber puesto antes este encuentro en mi agenda. ¡Estamos aprendiendo!

Se interrumpió en una excusa que buscaba un resumen claro.

¿Se sonrojaba?

No tal y en todo caso, encontró rápidamente la respuesta.

—Leí el “Tratado de Dinámica” de D’Alembert. Vivo esa inercia generada por la materia que nos aísla de la energía que nos ofrece la vida. En Antonio Genovesi veo una salida...

El día que asistimos la reina y yo a clase del catedrático, éste estaba echando unos buenos rapapolvos a los responsables de que bajo Nápoles hubiera un depósito de cadáveres y que los primeros cristianos no lo eran menos que nosotros alejando sus muertos para protegerse de contagios y de la peste que sufrimos.

Doña Amalia y yo evitábamos signo alguno que nos pudiera identificar.

Suponíamos que nuestra presencia era inadvertida, además, nos sentábamos en bancos reservados a los alumnos oyentes.

El profesor, a continuación, exaltó al rey Carlos por su interés en desenterrar restos de la Italia gloriosa.

“La inercia impregnada en la materia se vence con un estudio racional de los hechos que nos atan. Un gran paso es vencer los miedos”

El docente miraba a la reina sin disimulo mientras decía:

—Nápoles tiene que agrandarse para dejar de ser un ataúd, para ello se necesita capital; tenemos enterrados testimonios de nuestra grandeza; hay que

sacar a la luz esa historia para que mejore nuestra autoestima machacada por siglos de ocupación. Este será nuestro motor de arranque...

—Se acusa a D'Alembert de reducir la dinámica a la estética.

Dijo la reina.

—Los alumnos oyentes no tienen voz.

Dijo el bedel.

—La estética es el antídoto a la inercia.

Respondió el profesor.

ANTONIO GENOVESI II

—¿**Y** qué me dice usted de la Orden Constantina?

Curioso que el rey estuviera al tanto de la existencia de una pequeña pandilla que se proclama arraigada, desde hace siglos en Nápoles; unos pintamonas, a fin de cuentas, aunque están, y temo que para rato.

El profesor no se había traído su cátedra a una merienda con los reyes.

Doña Amalia había hecho sus deberes con “Excelencia” y el invitado respondió con franqueza:

—Son uno de esos cadáveres que tendremos que sacar del ataúd en el que nos hemos instalado, pero...

Aclaró el político:

—Los he recibido porque convergemos en la salvaguarda de nuestro patrimonio y están de acuerdo en nuestro deseo de salvar los restos del imperio romano. Esta tierra era un paraíso y tenemos todo eso desperdigado y enterrado.

Se produjo un silencio que aprovechó doña Amalia para indicar que se sirviera lo que fuera menester.

—Sí, esos señores quieren su mausoleo en el corazón de Nápoles. Les daré largas...

Proclamó el rey de Las Dos Sicilias

Y el cómplice continuó:

—Están colaborando muy generosamente en la recuperación de lo que sepultó la cólera del Vesubio o del mar.

Continúo Su Majestad de las Dos Sicilias.

—Esos señores han aligerado el peso de nuestra inercia: ya nadie argumenta que como ocurrió en Sodoma y Gomorra, Dios nos castigó por nuestros pecados. Quizá sea así, pero los napolitanos no creemos en un Dios rencoroso y estamos convencidos de que la historia puede curarse en el presente.

Ya no sé muy bien quién dijo qué, pero, empezamos a hablar del gobierno.

LA VÍA MARINA

—**L**a investigación y la docencia no son tan gratificantes como vuestro gobierno, vos habéis abierto el sepulcro que era Nápoles aprovechando el afán de supervivencia que atizasteis ante la insolencia de los cañones ingleses: abristeis la Vía Marina. Yo sigo predicando en el desierto que mientras no salgamos de esta putrefacción la inercia que pesa sobre nosotros cerrará paso a la energía.

El profesor estaba presentando al rey como si de un “Mesías” se tratara.

Comprendí que el último se ruborizara.

Cierto que el rey de Las Dos Sicilias había encarnado el milagro: dineros para la defensa, para abrir y embellecer la ciudad, el comercio, la autoestima y la imagen napolitana.

La construcción de la Vía Marina era necesaria para descongestionar el tráfico del puerto, pero, también facilitaba la ruta diaria de Sus Majestades, puesto que une el Palacio Real, la Iglesia del Carmelo y el palacio Puccini.

Pronto fue un lujoso paseo que ponía a Nápoles a la altura.

Sobre todo porque fue capaz de drenar la riqueza musical de la ciudad.

—Mi único mérito ha sido el de escucharos.

Dijo el rey sin falsa modestia.

El profesor se disponía a hablar, pero, el Carlos que sabía ser entrañable explicó:

—Sabes que te leo y que soy un “ilustrado napolitano; lo único que he hecho, es reunir intereses para subvencionar tus recetas; por cierto, han dado resultados brillantes, puesto que tenemos todas las bendiciones para continuar las obras y hay muchas ganas, tantas como para subvencionar educación y asistencia. Tenemos que ser pacientes nada más: hay negocio, empleo y ganas.

Su majestad tenía razón; para entonces, Nápoles era ya una de las tres ciudades europeas más visitadas, tras París y Londres.

Ya llevaba “muerta” desde la Edad Media, pese a su esplendor en los imperios griego, romano y bizantino

—Habéis sabido abrir espacios y crear Estado.

Dijo el profesor.

—No olvidéis que lo único que “hacemos” es escuchar y hacer converger intereses.

Respondió el monarca sin vanagloria y añadió.

—También me ayuda, mucho, vuestra enseñanza para encontrar el “talón de Aquiles de la maldición que explica el principio de d’Alambert.

PARTE III

BÁRBARA DE BRAGANZA I

Nápoles, abril de 1750.

Farinelli, el “castrati” que “da vida” a la reina de España es el remitente del mensaje cifrado que recibí de Aranjuez.

Éste, aunque ya llevaba peso en su “bolsa” cuando llegó a España, encontró “las Américas” cuando la Farnesio descubrió su talismán para combatir los miedos que devoraban a su marido.

Felipe V estaba tan contento del regalo de su amante esposa que hizo de éste su primer ministro.

Bien sabía el nombrado que allí mandaba la reina y supo acomodarse de tal manera en la familia real, que sobrevivió a su paciente y se instaló, aún más confortablemente en el reinado de Fernando VI. Era inseparable de éste y de Bárbara de Braganza.

La Farnesio, aunque alejada de la corte por unos reyes que habían sido sepultados por ella cuando eran príncipes de Asturias, mantenía a los soberanos maniatados, por el “castrati”, por el gobernante, Marqués de la Ensenada, por el director espiritual, el jesuita, Francisco Rávaro

“Que vaya preparándose el rey de las Dos Sicilias para ocupar su trono”, venía a decir el mensaje cifrado que recibí de un supuesto emisario de Farinelli.

Podría ser cierto; el castrati era Napolitano de pura cepa y este era el encanto de la joya que admiraba Europa entera.

La Farnesio no solamente era italiana, sino que quería dotar a su prole de territorios italianos, aunque había reservado la corona española para su hijo Carlos.

El “castrati” transportaba a Bárbara de Braganza a un viaje que la desahogaba de los berrinches que le daba su suegra.

Fernando VI estaba tan loco como su padre y el canto del “castrati” calmaba sus miedos de estar “a punto de morir”, que doña Bárbara necesitaba aquietar y la Farnesio, agravar.

Temí que la última pagara más y que por tanto sería la emisora.

¿Por qué sería yo el destinatario?

La entrometida reina madrastra sabía perfectamente que nadie podría pensar que esta pareja tuviera herederos, que el trono de España iría a parar a su primogénito y que ella estaría viva.

No tardó en llegarme el mensaje de Marianina

BÁRBARA DE BRAGANZA II

La escritura no era el fuerte de la aún princesa de Brasil, así, me envió un mensajero, Vincenzo, director y actor de la ópera: “Convitato di pietra” Una versión del “Don Juan o el convidado de piedra”, de Molière, escrita por el napolitano Andrea Perruci.

Sabía del éxito de la obra en Nápoles, no había tenido tiempo...

—Caballero

Me susurró el divo, mientras deslizaba en mi mano el papel en el que Marianina había escrito: “Écoute lui”.

Me bastaba. Encontramos un sitio discreto.

— ¿Qué me traes?

Pregunté sin poder retener mi impaciencia.

—En primer lugar, una invitación para que Sus Majestades asistan a una representación de la transformación napolitana del mito de Don Juan promovido por Tirso de Molina el siglo pasado. Es la Comedia del Arte llevada a la ópera, es...

—Lo que no cuenta el “castrati”.

No quería ser grosero, pero estaba ansioso por terminar los preámbulos y por cortar un tema que carecía de interés para mí.

—Sé que habéis recibido un mensaje que os he hecho llegar yo mismo. En efecto, doña Bárbara es la remitente. La reina católica está convencida de que el cariño que profesa por Farinelli es recíproco y, en todo caso, el comunicado no contrariaba los deseos de la Farnesio...

— ¿Por qué avisarme a mí?

—Supongo que vos sabréis la respuesta. Su Alteza la princesa de Brasil quiere informaros de que su querida cuñada ha tirado la toalla.

— ¿Qué queréis decir?

Las palabras de Vincenzo no me resultaban creíbles, la Farnesio se equivocó, una vez más, con la doble alianza portuguesa.

La reina Católica apenas saboreó su venganza contra la ruptura del compromiso de la infanta Mariana Victoria con Luis XV y de la devolución de la misma; tuvo que recurrir a los Pactos de Familia, que unieron Francia y España, el 7 de noviembre de 1733 y el 25 de octubre de 1743.

La princesa de Brasil nunca perdonó el uso que Su Majestad Católica hizo de su persona.

La escogida por la Farnesio como princesa de Asturias era cuadrada de cuerpo y su rostro, ya de por sí poco agraciado, estaba agujereado por las huellas que había dejado la viruela, pero había tenido un padre que supo sacar sus ocultos tesoros.

Doña Bárbara utilizó el tiempo en que su suegra había secuestrado a los príncipes de Asturias para que ambos aprendieran a ejercer sus derechos.

El esposo al que se quería castigar más, encontró una cómplice que comenzó por curar las heridas infectadas tras la muerte de Luis I. Era el único

hermano que había llegado a conocer el príncipe. Les unió especialmente el odio que les “regalaba” la madrastra.

Me consta que la Farnesio llegó a temer que doña Bárbara llegara a curar la locura que el príncipe había heredado de su padre y que ella misma aguijoneó con saña.

Bien es cierto que sabía que las actuales Majestades Católicas estaban controladas por los “hombres de la Farnesio, pero la reina es mucha reina.

Vicenzo me dejó en mis pensamientos hasta que le pareció oportuno concluir:

—Ambos mensajes dicen que Su Majestad Católica ha perdido las esperanzas de concebir un heredero. La crisis del rey que llevó a Sus Majestades a Aranjuez ha sido acompañada de diagnósticos catastróficos.

Me lo temía, pero era tan fuerte mi ansia de contrariar los designios de la Farnesio que me había negado a admitirlo.

DOMÉNICO SCARLATTI

—**D**udo que el mensaje cifrado que os llegó por mi intermediación proviniera de la Farnesio.

Afirmó Vicenzo.

Mi interlocutor parecía conocer cosas que yo ignoraba.

—Te veo más inclinado a la afirmación.

—He tenido el placer de participar en veladas de Su Majestad Católica y Doménico Scarlatti me honra con su amistad.

Respondió mi contertulio con la suficiente parsimonia como para darme tiempo a digerir sus palabras.

Estaba muy al corriente de la importancia del ilustre napolitano en la vida de una infanta a quien su propio padre consideraba fea.

Scarlatti fue su tutor preferido desde 1719, más que eso, puesto que la princesa de Asturias se lo trajo a Madrid.

—Este genio de la música que ha sacado a la luz los valores de una infanta rechazada tiene un gran mérito, pero ha sido atrapado por su pasión por el juego.

Dije con despecho.

El rostro de Vincenzo apenas se inmutó, pero su respuesta fue pronta:

—No es el único defecto de Scarlatti; siempre le han gustado las cortes. En 1703 escribió su primera ópera: *L'Ottavia ristituita al trono*, dedicada a la condesa de San Esteban de Gormaz, porque aún no había conocido a la infanta Bárbara de Braganza a quien ayudó a encarnar a esa Ottavia que recupera su trono. En esa ópera estaban sus entrañas y su composición fue, en cierto modo, una profecía.

L'OTTAVIA RISTITUITA AL TRONO

La mirada de Vincenzo se iluminó y él trató de contagiarme:

— ¿Por qué trabas tu yo napolitano?

—No lo hago, estoy seguro de que así te consta.

¿Por qué necesitaba defenderme?

—No se puede ser napolitano sin la música. Si hubieras asistido a cualquiera de las representaciones de esta ópera que se han hecho en Nápoles durante tu estancia, comprenderías las relaciones entre el compositor y doña Bárbara.

Vincenzo estaba tuteándome mientras me reprochaba el no haber llegado al “alma” napolitana. Sus palabras me acariciaban:

—Mira, ya septuagenario, Monteverdi estrenó *La Coronación de Popea*, Venecia, 1642. La obra llegó a Nápoles en 1651. Seguro que Scarlatti la conocía porque su “opera prima” es una réplica. Conserva los personajes de Sabina Popea y de Octavia, la “Ottavia” de Scarlatti. Como imagino que sabrás, la primera era la ambiciosa que pretendía lograr el poder con la seducción del emperador Nerón, la segunda era la emperatriz consorte. En la obra de Monteverdi, Augusta sale con el rabo entre las piernas, en la de Scarlatti ésta misma es la triunfadora.

Comprendía dónde quería ir a parar mi interlocutor, reconozco que la ópera no es mi tema favorito y me precipité en mostrarlo:

—Que yo sepa, Sus Majestades Católicas siguen en manos de la Farnesio.

—Tiempo al tiempo, doña Bárbara, la princesa de Brasil y doña Amalia...

—¿Y para qué me metéis a mí?

Interrumpí a un mensajero que me respondía sin mostrar reproche alguno.

—El rey de las Dos Sicilias es el primero en la línea de sucesión a un Fernando VI que no engendrará su príncipe de Asturias.

Hace tiempo que tenía esa inquietud. No estaba preparado para encararla.

El mensajero prestaba más atención a su misión y me salpicó de ópera:

—En *Ottavia restituita al trono*, la emperatriz romana aparece vestida de pastora y de ahí se va creciendo hasta que recupera a un Nerón, interpretado por una mujer. Otra cosa y es una originalidad de la obra; las escenas se inscriben en otros escenarios.

—Al grano, amigo. ¿Cuál es mi papel?

—¿Aún no lo has adivinado?

Decididamente no quería hacerlo.

Vicenzo me sacó de mis quereres

—Tampoco aquí hay herederos muy seguros...

Y DIOS CREÓ LAS PRINCESAS

Nápoles, 1754

No había olvidado el “recado” de Vincenzo. .

La viveza que imponía en mis recuerdos el hermanamiento de sangre de aquellos niños que necesitábamos liberarnos de las garras de la Farnesio aún sigue palpitando, aunque hayan pasado los años y cambiado las situaciones.

El mensaje de Vincenzo llegó, además, en mal momento...

Doña Amalia, pese al descalabro que representaban los partos para ella y al dolor de ver morir a sus hijas sucesivas, logró que su sexto embarazo fuera un varón, pero desde la más tierna infancia de éste fue diagnosticado “incapaz”.

No era cierto que no hubiera herederos cuando me llegó el mensaje por Vincenzo; Carlos ya había nacido el 11 de noviembre de 1748; poco después lo habían hecho, Fernando, el 12 de enero de 1751 y estaba en camino Gabriel, nacido el 11 de mayo de 1752.

De las hijas paridas quedaban en vida: María Josefa Carmela, nacida el 6 de julio de 1744 y María Luisa nacida el 13 de junio de 1745.

Doña Amalia se sentía peor en cada parto, pero consideraba que Dios la había traído a este mundo para dar herederos y pese al amor que profesaba a su marido y a sus súbditos, se quebró esa amabilidad tan apreciada que se había traído. A nadie soportaba y dejó de recurrir al disimulo.

El rey de La Dos Sicilias tenía herederos y hasta incluso se aseguraba la sucesión de su hermanastro el rey católico, pero las tempranas muertes de las primeras hijas la obligaba a seguir pariendo para asegurarse de que no hubiera una nueva guerra de sucesión.

Al margen de mi falta de voluntad por cumplir el encargo estaba la oportunidad.

Apenas tenía contacto con los reyes. Don Carlos tenía que emplear una gran parte de su tiempo en reparar las ofensas de doña Amalia y la última reservaba sus esfuerzos para su misión divina.

—Me tienes abandonada...

Se quejó la reina mientras saboreábamos sendos habanos.

EL MARQUÉS DE LA ENSENADA I

“**A**gradecería tu compañía. Mantente cerca de palacio “, indicaba la nota que me entregó Julia, la fiel “criada” de doña Amalia.

Una chica bien guapa, y lista; me recordaba a Madre.

También Julia había empezado de fregona y ahora era portadora de los mensajes personales de doña Amalia de Sajonia

Claro que me había fijado en la portadora, de hecho, nos tuteábamos desde el principio de la relación, porque, pese a los dolores que imponía su “realeza”, doña Amalia, cada día, encontraba un momento para decirme algo en boca de su persona de “confianza”.

De ahí venía el reproche que me dirigía la reina constantemente embarazada.

Julia y yo no comentábamos, ni siquiera hablamos del mensaje cifrado y presentado.

Mi respuesta no variaba: “Recibido y compartido. Siempre disponible para la reina de las Dos Sicilias”.

Mi disponibilidad tuvo que armarse de una paciencia que las visitas de Julia me hicieron dulce.

Doña Amalia había encontrado tiempo y momento para que nuestro encuentro tuviera lugar en estricta intimidad.

— ¿Por qué me lo has ocultado?

Dijo Su Majestad, aunque su mirada estaba libre de reproche.

Eso sí, no dejaba lugar a dudar que estaba al corriente del mensaje cifrado que me había hecho llegar “el Castrati” y de la visita de Vincenzo, cuando añadió:

—Me pareció curiosa tu repentina afición por la ópera, Julia me explica muy bien tus reacciones...

Guardó un corto silencio para dar más fuerza a su reproche:

—Poco me conoces si temes hacerme daño por recordarme que doña Bárbara ha aceptado su fracaso.

Dijo la esposa del hermanastro de Su Majestad Católica.

—Pero el gobierno de España va bien gracias a la reina Católica.

— ¡No podrá ser enterrada en el panteón real por no ser madre de un sucesor!

Difícilmente podría haberseme ocurrido tal idea cuando tanto habíamos luchado para sacarnos del panteón que era, y es aún, Nápoles.

¡Buenas caminatas tenía que darme para vivir lo más alejado posible!

¡Era muy feliz con mi gente!

—Me parecía que vuestra majestad ya hacía mucho más de lo que podía...

Me ruboricé al excusarme.

Doña Amalia jugaba con los círculos de humo que expulsaba con tranquilo gozo.

¡Como si no supiera que me estaba escrutando!

—No supiste interpretar y nadie te ha pedido que me protejas.

Una lágrima activada por la pena me delató.

Doña Amalia acarició mi nuca y se apresuró a tranquilizarme:

—El rey estaba furioso por la firma del tratado de Aranjuez firmado entre su Majestad católica, Córcega y Francia, supuestamente para protegernos.

Eso ocurrió en enero de 1752. Estaba al corriente. ¿Cómo no pensé que los mensajes que había ocultado tenían relación con éste hecho?

—El marqués de la Ensenada nos espía a todos. Estoy segura que lo sabías. Nosotras hemos aprendido a burlarlo.

—Pero fue el rey de las Dos Sicilias quien concedió el marquesado.

—Honró sus méritos, pero tememos sus intrigas.

EL MARQUÉS DE LA ENSENADA II

Doña Amalia se puso a vomitar. Julia se precipitó en su ayuda.

La reina paró, con un gesto irritado las buenas intenciones. Unió todas sus fuerzas para invitarnos a irnos juntos.

Las criadas y las damas de honor no tardaron en llegar.

—Disponéis de mi dispensa ambos; voy a tener tres días en los que haré mucho con soportarme. Tiempo suficiente para mi encargo

Decidí llevar a Julia a mi humilde aposento; lugar seguro para hablar sin temor al espionaje del Marqués de la Ensenada.

Mi acompañante no puso obstáculos; se diría que así estaba previsto, incluso en una vestimenta sobria, la que nos correspondía, que llevábamos con mucha honra.

Mi invitada no se mostró molesta por el barrio, el descalabro de mi hogar o el desorden del mismo.

— ¿Por qué estás tan seguro de que aquí no hay oídos? Ese hombre tiene espías en todas partes...

Fue el único reproche.

— ¿Por qué has aceptado acompañarme?

Respondí sin abusar de revanchismo.

—Yo creo en tu criterio pese a...

Julia pareció arrepentirse del inicio de una franqueza que estuvo a punto de salir.

—...que Sus Majestades de la Dos Sicilias...

Intenté concluir, pero ella no me dejó.

—Doña Amalia me ha enviado casi cada día a tu encuentro. Has rechazado todas las prebendas que te han sido ofrecidas. Te has alejado de la corte y, además, se sabe que tienes muy buenas relaciones con el marqués de la Ensenada...

—Nunca las he ocultado. Él fue el único que me consoló cuando perdí a mi madre.

—Lógico...

Julia volvió a traicionarse

También se arrepintió demasiado tarde.

En efecto, el entonces hidalgo con pocos recursos y mucha ambición y genio gozaba de las simpatías de madre y le echó una mano para introducirle en la corte de la reina María Luisa de Saboya. Él quería medrar y era una buena fuente de información.

—No hace falta que me lo cuentes. Sé que mantienes correspondencia.

Me interrumpió con una sonrisa.

—Nos une el intento de protección de los hijastros de la Farnesio, también la infancia del rey de Las Dos Sicilias gozó de su intento y no creo que doña Bárbara tuviera quejas de su secretario particular.

Respondí forzado.

—Es ella quien se obstina en prescindir de sus servicios y en alejarle de la corte—. Respondió mi invitada.

JORGE JUAN

En efecto, Doña Bárbara había insistido especialmente hasta lograr la caída y alejamiento de la corte del “todopoderoso” marqués, el verano pasado, pero su red de espionaje tenía en ascuas a Sus Majestades.

La niña sabía, lucía preciosas trenzas acunadas por una mirada curiosa.

Estaba descubriendo la mujer.

— ¡Tenemos una misión!

Me recordó la seductora, y aclaró:

— También tienes relaciones con Jorge Juan.

— En efecto fui yo quien hizo justicia con este hombre, olvidado, injustamente, desde la muerte de Felipe V. De hecho, Sus Majestades de las Dos Sicilias han sido ingratas con alguien que jugó papel tan importante en la conquista de este reino.

— Él ha sido la causa de la caída en desgracia de Ensenada.

La respondona me desagradó. Mi voz debió, sin duda, delatarme.

—Jorge Juan fue enviado a Londres en un papel de espía, actividad en la que había mostrado alta eficacia; a sus 21 años se le encomendó la misión de espiar a los científicos franceses que Felipe V permitió viajar a Quito para medir la longitud del arco del meridiano bajo el ecuador. Él aprendió mucho en aquellos 8 años que pasó en América y Su Majestad Católica recibió honesta y sabia información, muy útil para la estrategia del soberano.

— ¿Incluidas su denuncia del abuso del poder que Su Majestad delegaba en el Nuevo Mundo y de la sangría económica que esto suponía?

—Él sabía que la Iglesia y Sus Majestades Católicas despreciaban a Bartolomé de Las Casas, desde Isabel “la católica”.

—Claro, y que Copérnico fue muy mal digerido por los poderosos.

Esta moza sabía más de lo que le habían enseñado.

No estoy seguro si lo hice por lucirme o para ponerla a prueba, pero lo dije:

—Los descubrimientos de Jorge Juan dieron un giro al Tratado de Tordesillas...

—Y dieron “guerra”

Concluyó la lozana, y tras breve pausa añadió:

—Fue el más útil instrumento del marqués para construir esa red de espionaje que nos oprime, y los papeles que le encontró la policía inglesa estuvieron a punto de meternos en guerra con los ingleses...

—Eran los que quería que les llegasen; se trataba de hacer creer al enemigo que España estaba preparada para responder a cualquier intento bélico. Este gran hombre es pacifista. Además supo salvar la documentación de las defensas del enemigo, traerse a España a los mejores artífices de la supremacía y salvar su vida.

JULIA

Mi invitada me cortó contundente, pero amable.

—Sus Majestades de las Dos Sicilias no apreciaron el papel de doña Bárbara en la caída del marqués de Ensenada. Era un buen gobernante.

—Desde luego, no puede negarse mérito de controlar gastos, incluidos los de la Casa Real, de hacer un buen catastro para ajustar los impuestos a la riqueza, de modernizar las comunicaciones y los ejércitos, de moderar los privilegios de Iglesia y nobleza, de crear riqueza, pero es racista y sanguinario, como quedó probado entre los meses de julio y agosto de 1749, con su tentativa de eliminar a los gitanos.

—Yo soy gitana.

Dijo Julia, con marcado orgullo, y añadió:

— ¿Crees que un hombre tan estúpido: el mismo que está trayéndose de Europa familias para la España despoblada por las guerras, puede comprender a los aborígenes de la América española?

La emoción interrumpió unos segundos su sentencia:

—No estamos aquí para hablar de eso, mi querido amigo.

¿Por qué me sentí rojo como un tomate?

Bueno, del tuteo a la amistad no hay una gran diferencia, pero los encuentros obligados con esta gitana agridulce iban tomando más y más espacio en mi vida.

— ¡Tenemos que hablar de los jesuitas!

Cortó en seco mis ardores la ninfa.

LOS JESUITAS

Felipe V y Fernando VI escogieron confesores de la Compañía de Jesús; y la poderosa amante de Luis XV, *Madame de Pompadour* formaba parte de la red de Ensenada.

¿Cómo explicar estas intrigas?

—Todo el mundo sabe que la guerra entre Inglaterra y Francia está a punto de estallar y que los jesuitas tienen interés en meter a España en el conflicto.

Concluí que era alumna aventajada.

— ¿Quién te ha enseñado?

Pregunté por disimular mi perplejidad.

—La vida

Respondió como si tuviera ya preparada la respuesta.

Comprendí que tenía que concretar.

—Desde principios de esta década la prensa inglesa trató con detalle los movimientos bélicos que está llevando a Cabo, por su cuenta y riesgo, en La Habana.

—El rey de las Dos Sicilias considera que la Reina Católica activó el conflicto, en 1750, con el Tratado de Madrid.

—Es un hecho que España recuperó Colonia del Sacramento y cedió, a cambio, a Portugal, la parte de Paraguay que linda con el Río de la Plata. Su Majestad Católica se aseguraba un punto más estratégico, creo.

Julia me miraba provocativa y ¿ordenó?

—Hablemos de la guerra del Mate.

La dama venía mucho más preparada de lo que esperaba.

Cierto que doña Amalia fumaba puros que le llegaban directamente de la Habana, pero no me parecía probable que dispusiera de ánimos para mirar al “Nuevo Mundo” más allá de lo que predica la Santa Madre Iglesia.

Julia debió leer mis pensamientos.

—Es mi curiosidad. Ambos sabemos lo que tenemos que transmitir a nuestros respectivos señoras y señores. Lo de La Habana es una excusa. Me consta que Ensenada informó de la ampliación y modernización de los astilleros de El Ferrol, La Habana y Cádiz. Los Ingleses se acogieron a ese argumento, con el pretexto que el armamento era señal de hostilidad para embarcaciones de su bandera. Dejemos aparcado ese tema y hablemos de la guerra del mate.

Esta chiquilla me vuelve loco. Su misión, desde luego, no le ha llevado a informarse de las desgracias de los guaraníes, traicionados por los jesuitas y por el Tratado de Madrid.

— ¿Piensas que ignoraba la ingente fortuna que se hacían los jesuitas con el tráfico del mate, gracias a sus prebendas evangelizadoras en las propiedades cedidas por Su Majestad Católica a los aborígenes?

—Niego la mayor; hay mucha documentación que prueba que España está al corriente del nuevo oro: el mate. Tiene clientes cercanos, que abaratan el transporte. Los señores jesuitas se la han montado muy bien: son los

protectores del guaraní, una tribu acosada por otras poblaciones aborígenes más guerreras y por los portugueses, que utilizaban la vecina Colonia de Sacramento para venderlos como esclavos, a través de los ingleses.

¿Cómo no poder explicar eso a una gitana que ha sabido medrar?

—Bueno...

Dijo ella, sin expresar lamento.

Añadió en voz fluida.

—Veo que no confías en mí.

Dijo con resignación:

—Duele, pero puedo con ello. No te preocupes.

Y concluyó:

—Era una manera de pasar el rato...

Añadió con la sonrisa de su misión.

—Doña Amalia necesita que permanezcamos reunidos un par de días, mientras se repone de sus constantes partos.

—Yo no soy agente de Doña Amalia: no me interesa su empeño en obedecer órdenes “divinas”. No soy creyente.

—Yo tampoco.

Respondió ella con un gesto que quería decir “más vale tarde que nunca.

No le pareció suficiente; remachó:

—No estamos aquí para servir a nuestros señores.

De hecho, mal que bien yo me las arreglaba sin señores; aunque mi clientela era pobre, mis escritos, clases y esas cosas que podía ofrecer me permitían ser libre.

Guardaba, eso sí, un afecto por esas personas que “servía” y con quienes compartía recuerdos de infancia, pero ya no era como antes.

Sobrevivía.

Vi los ojos de Julia.

Temblé.

PARTE IV

Y LO VEÍAMOS VENIR

Las Palmas, 1767

Julia y yo habíamos cumplido nuestro cometido en las cortes.

Necesitábamos salir del inmenso sepulcro.

No sabíamos a donde emprender el vuelo y nos vinimos a Las Palmas.

Costó algo de esfuerzo recibir con dignidad al padre Manuel Luengo, jesuita que tenía que ocultarse por la orden de expulsión de los territorios de los reinos de la península Ibérica.

Como buen fraile, tenía amigos por todas partes, incluso entre los “inquisidores de Las Palmas.

— ¡Prepararé un buen sancocho!

— ¿Con qué?

Me salió la neurosis.

Julia se limitó a abrir el arcón en el que vi un buen trozo de cherne secado al sol y a la brisa con todo su cariño.

No nos faltaba de nada ¿Por qué me preocupaba si nuestros ingresos eran básicamente en comida?...

— ¿Por qué este personaje tiene tanto interés en vernos?

Pregunté para calmarme.

—Es a ti quien quiere ver, o, al menos a quien ha dirigido la petición.

¿Me estaba haciendo un reproche mi cómplice?

No sé, está un poco rara la chica.

¿Por qué quiere verme el jesuita?

Cuatro ojos ven mejor que dos, pero, Julia tiene los suyos ocupados en poner color en nuestra morada.

No hablamos más de nuestro invitado hasta que éste se presentó y nos informó:

—Recurro a ambos para que hagáis llegar mi mensaje a Su Majestad Católica.

Nos quedamos de piedra. Nadie, en el Archipiélago, sabía de nuestras relaciones del pasado y con la “Orden” no habíamos tenido tratos.

—Pienso que hay un error.

Dije, simplemente para ganar tiempo.

— ¿Esperan invitados?

Se relamía el cura con los aromas que salían de la cocina.

—A vos.

Lo había previsto con regocijo Se notaba aunque no llevara sotana.

—A nadie negamos hospitalidad o escucha y el buen hablar se une al buen yantar. La persona que nos pidió que os recibiéramos merece nuestro afecto, pero no tenemos relación alguna con su Majestad Católica.

—Caballeros, la mesa está servida.

Dijo Julia para regocijo del fraile.

—Reconozco que necesitaba este consuelo.

—¿Acaso no estáis bien tratado por nuestra amiga común?

—Demasiado británica...

Guardó un corto silencio para escrutarnos.

—Se esmera mucho, pecaría si lo negara. ¿Habéis probado los “manjares” de la dama?

Un silencio de cómplice discreción. No le vimos rezar y no creo que se diera tiempo.

Tal era su precipitación por saborear el conejo que había preparado Julia. Teníamos cambio de menú. Bueno...

—¿Cómo has adivinado mi manjar favorito?

Dijo el fraile sacando a relucir, sin recato, su placer.

—Y esta salsa... ¿Cómo has conseguido tal delicia?

—Escribiré cuidadosamente las recetas.

Dijo Julia.

Ambos estábamos ansiosos de conocer el recado retenido por glotonería.

—Los reyes de Las Dos Sicilias no admitieron que nuestra unión no se celebrase ante Dios.

Era así de alguna manera y, desde luego, carecía de interés en dar más detalles.

El fraile no se cortaba en relamerse, pero supo sacar partido a un comentario al que no mostró interés alguno.

—Te recuerdo que en periodo del poder del marqués de Ensenada, desde 1747 a 1754, España dio pasos de gigante y hasta el momento, su Majestad Carlos III no ha sabido recoger las cosechas que dejó germinadas el Marqués. Falta riego.

Cierto, Su Majestad de Las Dos Sicilias había encontrado en su gobierno la joya del que luego hizo marqués de Esquilache.

Un buen elemento para el Soberano que quería gobernar para el pueblo que le ha designado Dios.

Mi mal disimulado ateísmo me había alejado bastante de Su Majestad, pero estaba el hermanamiento de sangre y, en cierta manera el consejero hasta que apareció el alumno aventajado, quien, como yo, había crecido desde la cuna.

Hay una diferencia entre ambos a él le gustan poder y lujo.

—Ensenada reparó arcas agujereadas y sacó cuartos para captar potenciales y para formarlos donde fuera necesario. España estaba en la inopia, ¿Cuántos de esos tesoros han sido recuperados por Esquilache?

Digamos que el marqués me sacó de apuros Dejaba a Su Majestad de las Dos Sicilias en manos más apropiadas para sus fines...Carlos no hubiera debido traérselo a España, El jesuita llevaba razón. Desde luego no podía permitírselo; Esquilache hizo bien su trabajo, así se lo hice saber a nuestro invitado:

—Tengo entendido que la “Orden” tuvo algo que ver con el motín que....

EL MOTÍN DE ESQUILACHE

Insinué para intentar sacar al cura de su deleite.

—Esquilache era amigo de la Orden.

Dijo el cura.

Julia y yo guardamos silencio inexpresivo.

Sabíamos cosas, aunque ya no estábamos interesados en los “poderes de origen divino”

Nuestro invitado aprovechaba para saborear y para calcular.

—Pediría el favor de que las recetas estén redactadas de forma que este pobre pecador pueda explicarlo a la cocinera.

El disfrute no está reñido con la táctica en una “orden” militar y así lo dejó bien claro el jesuita.

—El duque de Choisel no solamente manda en Francia. Hay personajes en Madrid que odian a reformistas como Ensenada o Esquilache: el duque de Alba, Roda y el padre confesor. Si la reina Isabel de Farnesio estuviera aún

viva sería de la partida. Todos los intentos que hicieron para conseguir nuestra expulsión toparon con los acertados consejos del siciliano.

Nuevo y pesado silencio.

El fraile se abanicaba y daba a entender que carecía de prisa.

—Lástima que en los pocos días que me quedan de estancia en Las Palmas tenga tantos compromisos...

Añadió con tino.

—Asististeis a los funerales de doña Amalia...

Silencio breve; nuestro interlocutor tenía artillería preparada.

—Visteis varias veces al regio viudo. Claro, todo de “tapadillo”, formabais parte de la multitud.

No creo que Julia se extrañara de que esa gente nada, por insignificante que parezca, deja escapar.

Ninguno de los dos éramos ajenos al peligro de la advertencia.

—A nosotros nos divierte el *Candide* de Voltaire.

Dije con la esperanza de que mi provocación pudiera sacarnos de apuros.

Su respuesta me convenció de mi equivocación:

—¿Crees que si los salvajes se hubieran comido a los jesuitas habría cambiado algo?

MADAME DE POMPADOUR

Un nuevo error. Había facilitado la fuga del adversario:

—La que fue amante del rey Muy Cristiano me hacía llegar las obras de sus protegidos, dedicadas por sus respectivos autores. La señora de Pompadour, uso el nombre con el que trata de disimular el adulterio esta dama Para abreviar; hizo público su poder en la corte de Luis XV, el 23 de febrero de 1745, en plenas celebraciones de las bodas del delfín con la infanta María Teresa de Borbón y Farnesio, hermana del entonces rey de la Dos Sicilias.

Julia y yo estábamos al corriente. Buen disgusto se llevaron Sus Majestades y qué dolores de cabeza nos dieron.

Esta ofensa unió mucho a los que se creían destinados por Dios a reinar y a engendrar sucesores en Francia y en cuantos reinos fuera posible.

Pobres niños asustados y humillados, sobrevivieron en un macabro juego de odio que compartían los hijos de la virtud hacia quien llamaban “Mamam Putain”.

Versalles volvía a estar dividido entre devotos y, en este caso, “ilustrados”. Ahora los últimos tenían todos los triunfos en mano.

Tuve que recurrir a mis contactos en París e iniciar unas relaciones epistolares que han sido de agrado mutuo hasta la muerte de la poderosa Madame de Ponpadour, quien me enviaba ejemplares dedicados por los propios autores y sus propios planteamientos.

¿Cómo podía estar informado de esto el maldito jesuita?

Yo pensaba y él tiraba al blanco.

—De poco sirvió vuestra intervención. Cualquier intento para dulcificar la vida de la delfina que hiciera la “usurpadora” era ferozmente rechazado.

—También se habló de la intervención de los jesuitas. Me consta...

Siquiera esperaba respuesta. Simplemente intentaba salir del paso. Con cara de jaque mate me respondió el jesuita.

—Me consta que personas mal intencionadas hicieron llegar a la dama rumores infundados. Ella fue una excelente alumna de nuestras hermanas las Ursulinas; miembros de la Orden han asistido, gustosos, a sus salones cuando era madame Le Normant

EL HONOR MAYESTÁTICO

En esta ocasión las prisas de la Farnesio para casar a María Teresa no fueron la causa de la desgracia de su hija, la infanta desposada había cumplido los 20 años y si la infanta María Ana Victoria, por su tierna edad, no había podido parir al Delfín de Luis XV, su hermana María Teresa sería madre del futuro rey de Francia.

La Farnesio se volvió a equivocar.

María Teresa tuvo que esperar siete meses a que un marido de dieciséis años ejerciera sus funciones conyugales y soportar la humillación en una corte que consideraba que el Delfín era impotente.

No fue tal y en septiembre de 1745 se dejó bien claro que el matrimonio había sido consumado.

Desde entonces Versalles vio una pareja inseparable por la complicidad.

La Pompadour disfrutaba con un espectáculo que a nadie interesaba cuando estaba la “razón” tan de moda.

El jesuita seguía hablando.

Un simple gesto de Julia me empujó a intervenir:

—No pienso que la duquesa de Pompadour tuviera tanto cariño a su educación con las Ursulinas.

El jesuita se puso morado cardenalicio y dijo amenazante:

—¿Quieres provocarme?

—No es mi deseo hacerlo

Respondí con la verdad por delante y él hizo que me creía. Juzgó que le convenía absolverme

—Veras... esa señora que el rey Muy Cristiano ha nombrado par de Francia, marquesa y duquesa consiguió un marido lo suficientemente rico gracias a la educación y a las relaciones que le dieron las madres Ursulinas. Estas y nosotros la apoyamos en la excelencia de su “salón” y aunque reprochamos su adulterio...

—Enviaron todos los refuerzos posibles a la corte devota de los delfines. Hicieron mucho daño...

El invitado me cortó con descarado regocijo.

—El poder otorgado a esa señora era una provocación a una aristocracia cada vez más esquilmada...

—Y estaban los protestantes, los jansenistas, una burguesía cada vez más enriquecida...

Di cuerda a mi contertulio para un buen rato. Pensaba en la pobre María Teresa. Esta consiguió concebir y tuvo una hija, el 19 de julio de 1746.

A la última se la bautizó con el nombre de una madre que murió tres días después. Entre tiempo había muerto Felipe V, el nueve y el rey de las Dos Sicilias heredaba el trono español y un problema.

Mantener las buenas relaciones con Francia, pese a la ofensa de esta corte a sus hermanas: María Ana Victoria y María Teresa. Su majestad Católica tenía que lograr casar a su hermana, María Antonia con el delfín que había dejado viudo María Teresa.

No hubo suerte, Versalles estaba dividido con la oferta: el viudo quería recordar a su difunta y apreciaba la propuesta española, así lo hacían la Reina Muy Cristiana y todo el grupo de poder gubernamental. Había otras opciones, pero la que ganó fue la de Madame de Pompadour: María Josefa Sajonia, hermana de doña Amalia, Su Majestad católica.

— La poderosa adúltera se puso en paz con Dios antes de entregar su alma.

Repetía el jesuita mientras yo sentía náuseas

FERNANDO DE SILVA ÁLVAREZ DE TOLEDO

Cuando volví de la vomitona me encontré a Julia y al jesuita animados en una conversación sobre el duque de Alba.

Me había pasado un buen tiempo fuera, primero para librarme del asco y después para disimular los efectos del mismo. No creo que vuelva a comer conejo en mi vida y tampoco se me ocurriría pensar, como hacían los aborígenes del *Candide* de Voltaire, que la ingesta de la carne de los jesuitas me ayudaría a defenderme del inmenso poder de estos.

—Desde que heredó el ducado de Alba, el 16 de abril de 1755 se perdieron las complicidades...

Se lamentaba el jesuita. No sé si antes o después del eructo; su mirada me traspasaba.

¡Claro que la fecha me sonaba!

Jacobo Fritz James Stwar había legado mi protección en un escrito que no entraba en actos notariales; Don Fernando de Silva Álvarez de Toledo lo había leído.

Nuestra correspondencia es harto gratificante.

Es mi mirada a los reinados de Felipe VI y de Carlos III.

Claro que las que madre me legó y las que viví en mi “misión”, también fueron útiles a una señoría en los reinados de Felipe V, Luis I, Fernando VI y Carlos III.

Algo más; Fernando VI le encargó la embajada de París y la prioridad soberana era el mantenimiento de la paz.

—Le falta tenacidad.

Decía el jesuita.

—O choca

Dije yo al simple objeto de anunciar mi presencia.

—Choca con él mismo Este hombre ha logrado que una familia manchada por el bando austriaco entre en el poder de los Borbones Tuvo la suerte de nacer en 1714, cuando ya había terminado la Guerra de Sucesión y de educarse en Viena, nació en el exilio. Su familia regresó a España en 1727. No comprendía por qué el cura nos soltaba tan gran homilía cuando se podía resumir, como hice:

—Fernando de Silva Álvarez de Toledo, inició su hábil carrera a los 17 años, cuando contrajo matrimonio para emparentar con los condes de

Oropesa y ser aceptado en los círculos de la Farnesio...El cura me interrumpió terriblemente irritado.

—Muy astuto, en efecto; se metió en las guerras italianas cuyo único objeto era asegurar tronos a los hijos de la reina...

Corté a mi interlocutor con una sonrisa y una cosita:

—La voluntad divina puede llegarnos por distintos caminos...

No fue precisamente mi falso beaterio lo que provocó la interrupción de mi contertulio:

—Todo el mundo reconoce la astucia del duque: usar su estirpe, desposarse con la Grandeza, satisfacer a la reina, darse a conocer como militar...

La cosa se ponía de interrumpir. Así lo hice. Empezaba a sentirme cansado:

—Entrar en la corte: ayuda de campo del infante don Felipe, a sus 19 años...

El cura me agradeció mi resumen con una sonrisa que remató así:

—El duque de Alba ha utilizado su poder satánico para provocar la caída de Ensenada y de Esquilache.

No faltaba razón al cura.

—Pero fue nombrado embajador en Versalles tras la muerte de la infanta María Teresa. Dije para consolarme.

—El entonces duque de Huéscar no hizo gran cosa en París. Por su mala salud y por su indolencia...

EL GOBIERNO DE LOS PRIMEROS

BORBONES

Mismo lugar, el día después.

—¿Qué quería ese?

Peguntó Julia cuando nos sentábamos para desayunar.

No habíamos madrugado; el maldito fraile puso tesón en su resistencia a irse y la necesidad de limpiar la casa de cualquier huella de tan insoportable visita alargó nuestra vigilia.

—Ni idea...

Dejé pasar unos segundos para concluir:

— ¡Tenemos que irnos!

— ¿Por qué le has mencionado a Carvajal?

Preguntó Julia en pura constatación de mis miedos.

Sí, había desvelado al jesuita, con mi estúpida intervención, que conocía la correspondencia que mantenía el embajador con el intrigante ministro Carvajal, y mis fuentes de información se deslumbraban en una conversación jesuíticamente controlada.

Julia y yo no nos dábamos pena y nos negábamos a comer jesuita.

No buscábamos riqueza o poder, por eso nos fuimos de las cortes, pero éstas nos consideran, con razón, enemigos...

—Por la boca muere el pez y dejar ver que conozco las maniobras del duque de Huéscar, actual duque de Alba y de Carvajal, es altamente peligroso.

Ensenada, Carvajal y el duque de Alba han dejado sus manazas en las políticas de los primeros borbones españoles, porque Wall tomó la sucesión del segundo a la muerte de éste, el 8 de abril de 1754.

—Decididamente tenemos que marchar; sabemos demasiado...

Dijo Julia al mismo tiempo que me regalaba su primera sonrisa del día.

—Cuanto antes

Respondí tranquilizado.

— ¡Calma! El fraile tiene para rato. No necesitamos tanto tiempo para encontrar un refugio...

— ¿Cómo sabes que el prójimo tiene para rato?

Pregunté dejando asomar inquietud.

—Sabes que no soy amante de los venenos, nada que temer, pero las gitanas tenemos nuestros trucos...

Los jesuitas no hicieron ascos a las redadas de los gitanos decretado por Ensenada.

Fue una decisión que causó decenas de miles de víctimas.

¿Por qué?

Porque el señor ministro “ilustrado” gustaba del espectáculo y ya no se podía escenificar la “pureza de raza” en cacerías de judíos o moros, porque, según él, el pueblo adora revolcarse en la sangre; porque necesitaba mano de obra barata para esos astilleros en los que había gastado una fortuna; y porque tenía que sanear el erario público, que logró, en pequeña medida con los trabajos de las mujeres y de los niños gitanos.

En algunos casos, las víctimas aprendieron oficios, incluso lucrativos. Ese sería el argumento del jesuita, sin duda.

La mirada de Julia me atrapa para decirme que ella no teme a Ensenada, a Wall, o a Carlos III. El jesuita la asusta, pero sonríe y explica:

—Mira lo que hicieron con los guaraníes.

Mi compañera guardó un silencio que le reservaba turno de palabra.

— Callaron y dejaron solo a Ensenada en la queja sobre el Tratado de Madrid de 1750 en el que Carvajal los cedía a sus enemigos los portugueses.

—La pagó Ensenada, porque el mismo rey de las Dos Sicilias que le encumbró a la nobleza marcó su caída en picado.

— ¿Piensas que los jesuitas tuvieron algo que ver en tal decisión?

No había susto alguno en la pregunta de Julia y desde luego, ambos conocíamos la gran influencia que tenía en aquellos tiempos el confesor jesuita.

LOS ALISIOS

En la travesía hacia La Habana, 1768

Ha pasado un tiempo desde la visita del maldito jesuita; necesario para nuestra seguridad, cuidadosamente mimada.

No esperábamos tantos recursos en una población machacada.

El otro “selecto” grupo: la inglesa y los que ignoran la presencia del jesuita nos tienen bien al ojo.

No son tan eficaces pese al abuso de poder que ejercen con arrogancia

Isidro, el que nos trajo los conejos de monte que hicieron las delicias de nuestro invitado, es analfabeto, pero nos llevó a su cueva desde que escuchó nuestro silbido.

Para nuestros enemigos se trataba simplemente de cantos de pájaros. Nosotros informábamos de que corríamos peligro y explicábamos las amenazas.

En realidad Isidro se nos había presentado la primera vez para pedirnos que le enseñáramos a escribir y fuimos nosotros quienes aprendimos esa maravillosa forma de comunicar por silbidos.

Un pragmatismo extendido en el Archipiélago y que sin que puedan descifrar los poderosos.

Es todo un arte.

Hay que cambiar los tonos y los significados a la mínima sospecha.

Fuimos pastores en las montañas o pescadores que se acercan a la Gomera, para estar a tiempo de aprovechar el soplo de los vientos Alisios que arrastra al Caribe, incluso una frágil embarcación de pescadores.

Julia está preciosa en su papel de joven grumete

Los pescadores gomeros han aprendido a golpes el uso de estos vientos y bastaría con uno de los tantos lamentables errores cometidos en los cálculos de variables que no manejan tan bien, para poner en apuros la endeblez a la que nos hemos embarcado.

—Yo siempre he llegado y alimento bien a mi familia con el comercio que me proporciona el trayecto.

Dice Alejandro, el patrón que nos ha embarcado.

Demasiado modesto mi interlocutor, porque comen muchas familias del producto de sus ilegales viajes.

—En la Gomera hay testimonios de viajes de ida y regreso de pescadores que han aprovechado estas corrientes, desde el siglo XV. Formo parte de una saga que ha vivido siempre de esto, al margen de la ley, claro.

Nuestro anfitrión nos contó con gusto que Colón pasó un tiempo en Gomera porque quería enterarse de las “leyendas” sobre pescadores que habían regresado con éxito. No lo logró, porque es un secreto entre los pescadores gomeros. Si lo hubiera hecho no se habría lanzado a la aventura del “Descubrimiento” en el momento más incómodo del viaje que nos regalan los Alisios.

Yo escucho interesado. Las aguas y los vientos están tranquilos, esta “cáscara” resiste y Julia está preciosa en su lucha para protegerse del sol.

Comprendo que los pescadores gomeros no quieran difundir secretos que les dan pan, a quién se lo quiere quitar.

Pero, he prometido a mi socia terminar la redacción de este informe para que nos dé tiempo a proteger suficientemente el documento, en el océano, en el caso en que éste tragara nuestra débil embarcación.

Escribía mientras el “pescador” controla las velas y se desahoga.

Hacía ya unos días que observaba mi escritura

Me sorprende su comentario:

—El duque de Huéscar, de Alba y un montón de títulos; el marqués de Ensenada, Carvajal, Wall; todos ellos hombres de la Farnesio que han

fraguado su poder en las luchas en Italia para conseguir coronas a los hijos de la reina y que continúan influyendo en el reinado de Carlos III, pero lo que ha jugado un papel más importante en todo esto ha sido el monopolio del comercio con América, primero de Sevilla y luego de Cádiz: Ensenada y, posteriormente Esquilache cayeron porque querían abrir ese mercado a otros puertos y los otros mandamases tienen intereses y, grandes, en el caso del primero, en Andalucía y quieren mantener los succulentos beneficios que obtienen por la exportación de sus productos.

Empieza a agitarse nuestra cáscara de nuez y una simple mirada de Julia me hace comprender que es mejor que pongamos el documento en el recipiente que ella había tan amorosamente preparado.

¿Saldremos de ésta?

El testimonio tiene que sobrevivir y antes de mancharlo con nuestros vómitos es necesario ponerlo a salvo.

— ¿Tan poco confías en mí?

Reprochó Alejandro.

No tengo fuerzas, pero lo escribo.